

OBRAS
ESCOGIDAS



Mis vecinos los ogros cuenta la historia de Marta, una niña que vive junto a sus padres en un barrio tranquilo, hasta que un día llegan nuevos vecinos: la señora Graciela junto a su hijo Bruno. Desde el comienzo, Marta desconfía de esta señora y sospecha de ella las cosas más horrosas. Dado que Marta es muy aplicada y su madre quiere acoger a los nuevos integrantes, le insiste a Marta que ayude a estudiar a Bruno, su nuevo compañero de colegio y de barrio, quien pronto se convierte en un amigo inolvidable. Pero... ¿Estará Marta en lo cierto? ¿Será esta señora una ogresa malvada? ¿O Marta descubrirá de pronto que estaba equivocada?

Josefina Hepp Castillo, agrónoma chilena, nació en 1982 en Edimburgo, Escocia. Llegó a Chile en 1983, y ha vivido en las ciudades de Santiago y Temuco. La naturaleza y los libros siempre han formado parte importante de su vida. En el año 2004 se integró al taller literario de Cecilia Beuchat, al cual sigue asistiendo semanalmente. Como profesional, sus intereses giran en torno a la biodiversidad y la educación. Ha publicado dos libros relacionados con la flora nativa chilena y el libro de cuentos *De brujas caprichosas y hadas desencantadas*.

CÓDIGO 20571

I.S.B.N.: 978-956-12-2603-6



9 789561 226036



MIS VECINOS LOS OGROS

JOSEFINA HEPP CASTILLO



INDICE

7 1. La vecina

23 2. La petición (impugnada)

41 3. Las clases parlamentarias

55 4. Partido

65 5. Brimo

79 6. Los pájaros

99 7. Los ogros

113 8. El invento

129 9. Al final

147 10. Regreso

Impreso por Ediciones Trilce, S.A.
General Gurrú 1430, Santiago de Chile

1 LA VECINA

Nuestra vecina salió ese día de su casa con tanto apuro que parecía que alguien hubiera gritado “fuego” en alguna parte. Eso era raro en ella. Normalmente se conducía con mucha calma, exagerada calma, casi como si estuviera actuando, con su pelo escarmenado, la ropa anticuada, los cachetes inflados y la boca fruncida.

Había llegado hace un par de años al barrio y de inmediato se había acercado a nosotros para presentarse. Parecía ser muy formal y compuesta, pero yo pude ver cómo por el rabillo del ojo examinaba con avidez todo el living de mi madre y su vestimenta. Mientras las dos conversaban, me dediqué a analizarla. Era una mujer de apariencia muy corriente, de voz suave y pausada, y extremadamente seria. En todo el tiempo que estuvo en la entrada de nuestra casa, en ningún momento me dirigió la mirada ni la palabra, sin embargo, hacia el final de la conversación me pellizcó con fuerza la mejilla —sin mirarme, gran proeza—, comentó que yo estaba demasiado flaca, que debería cuidarme, y se marchó. En esos pocos minutos logró destacarse, en mi opinión, como una de las personas más antipáticas que conozco, lo cual fue bastante inconveniente, porque

en medio de todo ese palabrerío mi madre terminó invitándola a sus clásicas onces de cada mes.

No tuvo que pasar mucho tiempo para que mi mamá se arrepintiera. En esas ocasiones, en que sus amigas acudían para bordar o tejer y “liberar el estrés” por medio del intercambio de información relevante, y yo ayudaba a servir tostadas con mermelada y té, la vecina desentonaba estrepitosamente. Llegaba puntual a cada cita, es cierto, con un kuchen o un queque bajo el brazo, pero luego se sentaba, se comía todo lo que hubiera a su alcance, no pronunciaba palabra, repartía miradas inquisidoras, enredaba su tejido y hacía que todas las demás suspiraran incómodas. La verdad es que la vecina aportaba menos que un mueble, pero estoy segura de que ella se consideraba la perla del evento. Al

despedirse, invariablemente señalaba, satisfecha: "Un gusto, como siempre".

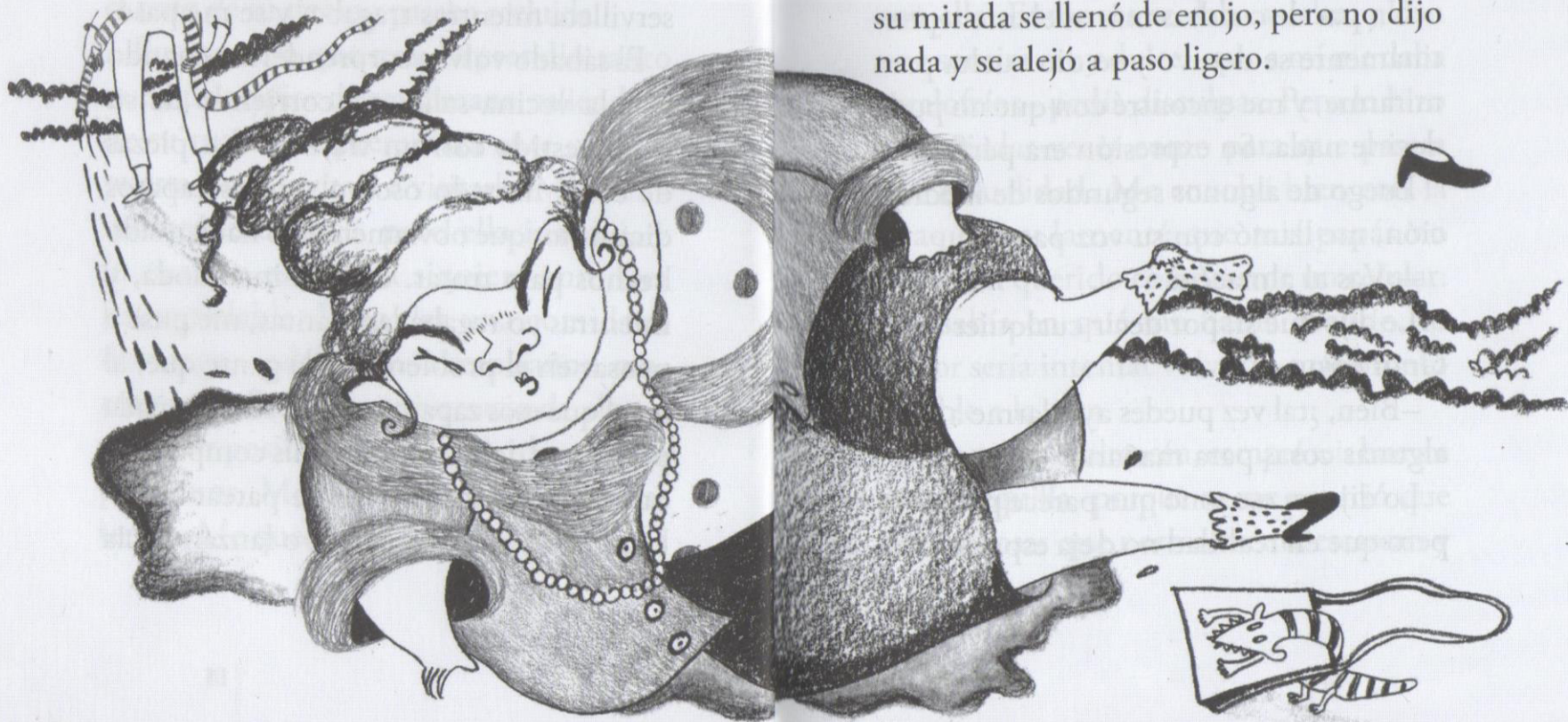
Nunca entendimos por qué venía, pero ahí estaba, cada mes, como la luna llena, y ya no había forma de desinvitarla sin ser descortés, que era algo que mi madre en general evitaba a toda costa. Por suerte, tampoco había ocasión de verla en otros momentos, el resto de su tiempo pasaba recluida.

Fue por eso que nos sorprendió tanto que a principios de esa semana, saliéndose de su rutina, se presentara ante nuestra puerta y nos invitara a visitarla. Mi mamá intentó excusarse, pero ella insistió, y lo curioso es que ni siquiera entonces fue agradable. Iba a dar una comida el domingo —celebrar su cumpleaños, matrimonio, funeral o aniversario de algo—, y fue imposible convencerla de que no podíamos. Me pareció extraña su insistencia. Me quedé pensando en que quizás

se había aburrido de estar sola —nunca se ve a nadie entrar o salir de su casa—, y para nuestra desgracia, probablemente mi mamá era lo más parecido que tenía a una amiga. Eso me dio un poco de pena, pero después me acordé de su cara al comerse todos mis panes, intentando que no se notara, tapándose la boca con una servilleta mientras tragaba, y se me pasó.

El sábado volví a sorprenderme cuando vi a la vecina salir casi corriendo de su casa, vestida con un traje de dos piezas de color morado oscuro y unos zapatos diminutos que obviamente no habían sido hechos para trotar. Se veía incómoda, y mientras yo regaba las plantas, me puse a pensar en el problema de la gente que, al igual que esos zapatos, no ha sido diseñada para hacer deporte; como mis compañeras que se tropiezan en vez de patear la pelota cuando juegan fútbol o lanzan hacia

atrás en vóleibol, o yo misma que tiendo a ahogarme cuando hago mucho esfuerzo físico. La reflexión hubiera llegado hasta ahí si no hubiese sido porque en un momento dado pasó al lado mío, golpeando el pavimento con sus tacos, con tan mala suerte que se resbaló en el charco de agua que había empezado a formarse y cayó al



suelo lanzando un bufido espantoso, con la gracia de un hipopótamo. Aunque, la verdad sea dicha, un hipopótamo hubiera sabido caer mejor porque habría estado en su elemento. En todo caso, se puso de pie rápidamente, mirando hacia todos lados, asegurándose de que nadie la hubiera visto. Al verme ahí con una sonrisa involuntaria, su mirada se llenó de enojo, pero no dijo nada y se alejó a paso ligero.

Mi madre jamás me perdonaría si llegaba a enterarse de que la dejé ir así, por lo que con un suspiro corté el agua y partí dispuesta a pedir disculpas, aun cuando en realidad no hubiera sido culpa mía. No pretendía seguirla muy lejos tampoco, si se subía a una micro no me iba a subir tras ella.

Un par de cuadras más adelante repentinamente se detuvo y se dio vuelta para mirarme, y me encontré con que no pude decirle nada. Su expresión era pérfida.

Luego de algunos segundos de meditación, me llamó con su voz pastosa:

—¿Vas al almacén?

Le dije que sí, por decir cualquier cosa. Gran error.

—Bien, ¿tal vez puedes ayudarme a traer algunas cosas para mañana?

Lo dijo en ese tono que parece pregunta pero que en realidad no deja espacio para

negarse. Se puso a caminar como si nada, y yo, sin alternativa, tuve que seguirla.

A esa hora andaban unas cuantas personas en la calle. No pude dejar de notar que cada vez que alguien intentaba adelantar a la vecina, ella repentinamente se cambiaba de lado, en un andar zigzagueante, de modo que la persona en cuestión chocaba con ella. Entonces se daba vuelta, y con una sonrisa muy dulce —que a mí me daba escalofríos— pedía disculpas. Pero lo hizo demasiadas veces como para que pasara por casualidad. Me envolví bien con la chaqueta y lamenté que mis papás no hubieran querido comprarme un celular. No sabía en qué me había metido, lo mejor sería intentar volver lo más pronto posible a la casa.

Una vez en el almacén, compré seis huevos y mantequilla, porque se me ocurrió que son las cosas que normalmente escasean y

que así nadie sospecharía de mí, y además porque no me alcanzaba para nada más. Pero habría dado lo mismo si hubiera comprado avellanas, jurel y champaña, porque la vecina no me prestó la más mínima atención en todo el proceso. En la caja pude ver lo que llevaba ella: botellas varias —de bebidas y de productos de limpieza—, cosas de aperitivo y frutas como si fuera a alimentar a un cuartel completo. Al momento de pagar, se dio cuenta de que se había olvidado de pesar las naranjas, las peras, los plátanos y las manzanas, o sea todo lo que llevaba que había que pesar. Se demoró un montón en volver. La gente que hacía fila —había una sola cajera— no podía creerlo. Leí en sus labios varios epítetos ofensivos.

Cuando por fin salimos de allí, convocada por un amoroso “¡vamos!”, cada una cargada con sendas bolsas, decidió hablarme de nuevo.

—¿Tu nombre?

Eso no era ni siquiera una pregunta. ¿Quería saber mi nombre?, pues que aprendiera a preguntar. Además, era el colmo que no lo supiera ya. Y mientras tanto, las bolsas no se hacían más livianas. Seguí caminando.

—He dicho que cuál es tu nombre.

No era cierto, eso no era lo que había dicho, pero su tono no me pareció el de una persona que pudiera apreciar la precisión en el lenguaje.

—Marta —le respondí.

Ningún comentario al respecto. Tanto mejor. Los brazos se me empezaron a acalambrear y el sudor en las manos hacía que las bolsas se pusieran resbalosas. El paso rápido de la mujer estaba a punto de aniquilarme. Me iba sintiendo cada vez más insignificante, un piojo escoltando a un matapiojos, pero al igual que todas las cosas malas, la travesía terminó por fin.

—¿Le dejo las cosas aquí en la puerta?
—pregunté exhausta.

—¿No las puedes dejar dentro? —casi reclamó.

Así que tuve que entrar. Iba a dirigirme al living, pero ella me detuvo bruscamente:

—Ahí —y señaló la puerta de la cocina.

Avancé obedientemente y deposité mi carga sobre la mesa. Para mi gran horror, una de las bolsas no quedó bien asentada y su contenido rodó hasta caer al suelo. Y para coronar, el contenido que más rodó y que más fuerte cayó fue una botella de vino que se hizo añicos contra las baldosas.

El terremoto no se hizo esperar.

—¡Niña estúpida! ¡Mira lo que hiciste!
—me gritó con un vozarrón ronco y áspero, muy distinto del tono que le había conocido hasta ahora.

Yo la observaba, incapaz de reaccionar. Quería salir corriendo, pero no podía. La

mujer se había puesto roja y pronto echaría espuma por la boca: el espectáculo más horripilante que hubiera visto jamás. “Qué mujer más espantosa”, pensé, “parece salida de un cuento de terror...”. Fue entonces que, con un escalofrío tremendo, me di cuenta de que la persona que tenía frente a mí no era un ser humano. Era un ogro, o su versión femenina, una ogresa con todas las de la ley: odiosa, grotesca, rabiosa y que además olía mal, muy mal. Ahora, tras el paseo y con el calor, podía advertirlo. Sin verrugas en la cara ni colores verdosos, pero con muchos pelos en el mentón, y no había nada que alguien pudiera decir que fuera a convencerme de lo contrario. Todo cuadraba: vivía sola, había recomendado a mi madre que me pusiera a engordar, su manera de molestar a todos los que podía, su reticencia a dejarme entrar a una pieza donde probablemente se había dado su

último festín... ¡Qué horror! Esta era una verdadera pesadilla. Cualquier experto habría podido ratificar mi conclusión, lástima que no conocía a ninguno.



Una vez que la comprensión vino a mí, el movimiento también lo hizo. Salí corriendo y no paré hasta llegar a mi casa.

En la noche tuve que encender el espantacucos que no había usado en años. Era imposible dormir, impensable. Tenía que encontrar una excusa para no ir a la fiesta del día siguiente en casa del ogro, para que nadie de mi familia fuera. No quería terminar como plato principal del festejo. No se me ocurrió ningún plan brillante, y eso que estrujé mis ideas hasta que los pájaros dejaron en claro que se había hecho de día.

Solo pude levantarme a las doce. Mi mamá no me miró con una cara muy amable que digamos cuando aparecí por la cocina, pero realmente, ¿qué culpa tenía yo? Todo mi desvelo había sido por una buena causa. Para liberar tensiones y ponerme creativa, después de almuerzo

fui a la plaza a columpiarme. Eso siempre me ayuda a despejar la cabeza.

No se veía un alma, lo cual era bueno, porque podía pensar a mis anchas. El problema fue que tan a mis anchas pensé, que los pensamientos terminaron escapándose a cualquier lado. Estuve mucho rato dedicada a observar: una nube gorda que parecía un crucero transatlántico, la estela blanca de un avión a chorro, los andariveles que apenas se divisaban en la nieve a lo lejos y también escuché el canto —llamado y respuesta— de dos pájaros invisibles. En un escenario como este, con un columpio a la mano, ¿quién podría contemplar algún peligro? Sin duda el paseo sirvió para calmarme, pero no para encontrar una excusa que nos permitiera faltar al compromiso en la noche.

Más tarde, camino a la casa, divisé por casualidad el auto de la vecina en el centro

comercial del barrio. Estaba estacionado en dos espacios a la vez. Habría pensado que era un descuido si no fuera porque ya la conocía, de todas maneras era intencional. Eso me puso de bastante mal humor, pero también me dio fuerzas para hacer lo único sensato que podía hacer. Hablaría francamente con mi mamá y le expondría la situación. Sin duda se pondría de mi lado y tal vez hasta iríamos a la comisaría a poner una denuncia.

Nuestra conversación no fue lo que imaginé. Me miró con ojos como platos y tuvo que contenerse un poco para decirme:

—Marta, entiendo que la vecina te caiga mal, yo tampoco la encuentro tan simpática. Pero andar diciendo que es... ¿una ogresa? ¿No te parece mucho?

Después me miró otro rato y meneó la cabeza.

—Cualquiera diría que tienes cinco años. Ahora anda a tu pieza y te pones

algo bonito para celebrar a la vecina. Yo le compré un ramo de flores.

Ja. ¡Flores para un ogro! Seguro las botaría a la basura o las usaría para acompañar el “pernil de Marta al ají”. Por lo menos sería un plato bonito y mi mamá podría arrepentirse todo lo que quisiera cuando se lo pusieran delante.

A pesar de la mala recepción de mis inquietudes, concluí que era la única en la familia con el conocimiento necesario para mantenernos a salvo. Respiré hondo, tenía una responsabilidad para con ellos. Me arreglé lo mejor que pude, escondí mi cortaplumas en el calcetín y salí a enfrentar nuestra suerte.

2

LA PETICIÓN (IMPUESTA)

Atravesamos puntualmente la calle y tocamos el timbre. Nos recibió ella muy circunspecta, su pelo más escarmenado que nunca, su atuendo tan formal como siempre: otro traje de dos piezas, esta vez negro, y con collar de perlas. Fue relativamente amable y entramos sin mayor sospecha de que algo raro estuviera sucediendo; por parte de mis

padres, claro, porque yo estaba en alerta máxima.

No sucedió nada interesante hasta que entramos al living. La última vez que estuve ahí no había podido, pero ahora me fijé a mi antojo y vi que la pieza era alba, reluciente, inmaculada, aséptica: sospechosa. ¿Habría estado igual la vez pasada? ¿O por alguna razón había tenido que limpiarla? Imposible acordarme, porque esa vez la puerta de acceso al living estaba cerrada. Ahora veía que hasta los sillones eran de color blanco, y no de ese tono cálido que a veces ilumina los espacios, sino frío, tipo invierno, igual de inhóspito que un manicomio.

—¡Qué casa tan acogedora! —fue el comentario de entrada de mi mamá.

—Muchas gracias, la decoré yo misma —respondió nuestra anfitriona, con gran ceremonia.

Luego sirvió alguna bebida a mis padres que, para mi gran temor, los fue poniendo si no contentos, al menos cada vez más desprevenidos. Por ahora éramos solamente los cuatro sentados, conversando, no habían llegado más invitados. Yo no participaba en la conversación, pero escuchaba atentamente todas las tonterías que iban diciendo: que por qué no habían hecho esto antes, que el tiempo pasa volando, que uno anda siempre apurado y ya ni conoce a sus vecinos, que esto tenía que repetirse, que por qué no organizaban un asado con el resto del barrio, que etcétera, etcétera. Pero nadie hacía la pregunta más importante: ¿Por qué nos había invitado ahora? ¿Y por qué, al parecer, no había invitado a nadie más?

En esas cavilaciones estaba yo, cuando oí un ruido que venía del piso de arriba. Me congelé y miré la cara de la ogresa para

ver si revelaba algo, si se ponía en guardia e intentaba evitar que nos enteráramos de que tenía un prisionero en una jaula o algo así; pero su cara no expresaba nada por el estilo. Más bien sonrió suavemente y gritó:

—¡Pajarito! —con una voz minúscula.

El personaje que llegó haciendo temblar el piso era lo menos parecido a un pajarito que yo pudiera haber imaginado. Si me hubieran dado a elegir, yo lo hubiera llamado grizzly o pie grande, o al menos gran danés.

—Pajarito, saluda por favor —le dijo la mujer. Luego agregó, dirigiéndose a nosotros—. Es mi hijo, Bruno.

¿Su hijo? ¿La ogresa, a su edad, tenía un hijo? Jamás lo hubiera pensado. ¿Acaso vivía con ella? ¿Cómo no lo había visto antes? Con creciente miedo vi cómo mi madre me dirigía esa mirada que ya conocía, esa que quería decir: “Es de tu edad. ¿Por qué no se hacen amigos?”. Rogué para que no

dijera nada, para que no verbalizara su buena crianza. En vano.

—Marta —dijo, después de que él los hubiera saludado de beso y de mano y a mí me hubiera mirado raro—. ¿No lo conoces del colegio?

—No —contesté rápidamente—. Seguro que no vamos al mismo.

—Sí —intervino él, y se puso rojo.

Quedé sorprendida. Volví a mirarlo y entre las nebulosas de mi cerebro comencé a distinguir una figura: tercer recreo, hace un par de semanas, un gigante comiendo su colación detrás de uno de los arcos de fútbol, nosotras las mujeres mirando el partido. De pronto, la pelota se desvió y le dio de lleno en la cara, y todos se rieron, excepto el gigante y yo, que me imaginé cuánto le había dolido, porque una vez me había pasado algo parecido. Él tomó la pelota y de un tremendo puntapié la

mandó fuera del patio, tal vez fuera del colegio. Nadie más se siguió riendo. Los demás nos fuimos rápidamente, y yo no volví a pensar en él ni en su fuerza descomunal hasta este instante.



—Ah... puede ser, pero no nos habíamos topado —dije intentando que no se notara mi confusión.

—Llegué hace poco —se encogió de hombros.

Después de eso no supe qué más decir. Siguió una pausa incómoda, y más incómoda todavía porque la ogresa nos miraba a uno y a otro con una ansiedad perturbadora. ¿Qué pretendía?

Por fin, mi padre interrumpió.
—¿Y cómo te va en el colegio? ¿Te gusta?
Parece que no fue la pregunta más acertada, porque la vecina cambió la cara de inmediato. Casi sufrió un nuevo ataque de furia, pero se contuvo y simuló, en cambio, un ataque de tos. Contestó ella en vez de su hijo:

—Llegó hace dos semanas —comenzó a decir—. El problema es que le ha costado adaptarse a su curso. Tuvo que empezar en el segundo semestre, cuando las clases ya se habían iniciado, así que no ha sido tan fácil.

Nosotros no esperábamos ese tipo de confesión. Mi papá había preguntado solamente por cortesía. Ella no se dio cuenta y continuó:

—Por eso queríamos hablar con ustedes. Chan. El momento de la verdad. Un silencio nos envolvió a todos.

—Pensamos que su hija podría ayudarlo.

La mirada que él dirigió a su madre dejaba en claro que estaba muy lejos de pensar lo mismo; la mía, no sé lo que reflejaba. ¿Agonía? ¿Lo mismo que expresaría un condenado a muerte antes de ser llevado a la silla?

“Que mi mamá no diga nada, que mi mamá no diga nada”, repetí en mi cabeza, como si fuera un mantra.

—Marta, ¿qué opinas? —dijo ella. *Touché.*

Por varios segundos no fui capaz de pronunciar una palabra. Los miré uno a uno. Mi papá apenas podía disimular su sonrisa, divertido con la situación, aunque fuera a mis expensas. Evidentemente no entendía el gran peligro en que me encontraba. Mi mamá estaba seria, tratando de transmitirme telepáticamente que esperaba que yo hiciera lo correcto. La ogresa, en cambio, tenía una cara mixta. Por un lado, invitándome a aceptar el desafío; por otro,

prometiendo horrores si no lo hacía. De pronto, los extremos de su boca se curvaron hacia arriba y mostró unos dientes parejos que tenían un extraño brillo. “He ahí un arma mortal”, pensé. Pajarito miraba al suelo y se retorció las manos. No pude verle la cara, pero me pareció que debía estar muy molesto. Después de un minuto, pude constatar que tenía razón, porque se puso de pie y se fue del living. El portazo en el segundo piso remeció la casa.

—Se ve que él no quiere que yo lo ayude —dije, contenta de tener una excusa tan fácil y que a la vez me dejaba tan bien parada.

—Cierto —dijo ella, previendo mi respuesta—. Pero ya lo conversamos y estamos de acuerdo en que no hay otra opción.

—No me gusta forzar a la gente.

—Pienso pagarte —agregó la ogresa.

El vil dinero, que puede dar vuelta una situación tan obviamente inaceptable como

esta. ¿Un celular? ¿Un paseo de curso inolvidable? Muy tentador, pero no podía traicionarme a mí misma. No, no podía.

—Lo siento. En este momento tengo otras prioridades.

—Bueno, de verdad lo lamento —volvió a arremeter ella—. Porque lo cierto es que mi hijo lo está pasando muy mal...

“No es mi problema”, iba a decir, pero una mirada de mi mamá me detuvo. En cambio, respondí:

—De nuevo lo siento, pero de todos modos no sabría cómo empezar a ayudarlo. De partida está en un curso más arriba.

—No es así. Está en tu paralelo.

—¿Y por qué no le pide ayuda a alguien de su curso entonces?

—Porque nadie de ellos vive cerca de él y tú vives al frente.

Uf, lo estaba haciendo parecer como si yo fuera la villana y no ella.

—¿Y qué tipo de ayuda necesita? —lo dije más que nada para calmar mi conciencia, para ver si conocía a alguien que fuera más adecuado para esta tarea, pero la cara de la vecina se iluminó.

—Solo estudiar con él en las tardes. Solo eso. Para historia y geografía y matemáticas. A ti te va bien en esos ramos, ¿o no?

—Muy bien —expuso mi madre.

—Y además es la presidenta de curso —sentenció mi padre.

—Con mayor razón debieras dar el ejemplo —remató la ogresa.

¿Cómo es que de pronto me encontraba en este callejón sin salida? ¿Y cómo es que mis padres, en vez de protegerme, me arrojaban a los leones hambrientos? No podía siquiera imaginarme viniendo a esta casa durante la semana, sola, a encontrar quizás qué trampas y espantos...

—¿Qué? ¿Necesita que conteste ahora? —era mi última salida: que pasara el tiempo y todos se olvidaran.

—¿Tienes muchas cosas que considerar? Adultos. Juran que solamente ellos tienen cosas importantes que hacer.

—Bueno, sí, tengo que organizarme un poco...

—Ay, Marta, por favor —dijo mi mamá. Traición, puñalada por la espalda, cortesía de mi propia sangre.

—Ya, pero nos juntamos a estudiar en mi casa —dije al fin, vencida y a punto de ponerme a llorar.

—Trato hecho —dijo la ogresa.

Me sentí como un mono en una jaula negociando con un científico. Mi mamá me sonrió, pero yo no le devolví la sonrisa. Después nos sentamos a la mesa a comer arroz amarillo y carne envuelta en hojas verdes.

—¿Qué es esto tan bueno? —preguntó mi papá.

—Niñitos envueltos —respondió la ogresa. Yo me atraganté.

—Es una típica comida árabe, aunque usted la hizo con soya, no con carne, ¿cierto? —agregó mi mamá, mientras me golpeaba la espalda.

La ogresa asintió, pero yo ya me había descompuesto.

—Me duele la guata —lloré cuando al fin pude hablar—. Me duele demasiado. ¿Podemos irnos?

Normalmente mi mamá no hubiera consentido, pero ahora era evidente que me sentía mal. “Estás verde”, me dijo preocupada; miró a mi papá y decidieron que era hora de irse. Pajarito no apareció, no pude culparlo por eso.

Cuando estábamos cruzando la puerta, después de los correspondientes agradecimientos y disculpas de mis padres, la vecina me detuvo por el hombro y murmuró: “Te voy a estar vigilando”, al más puro estilo de la mafia italiana. Qué destino el mío: en lo que quedara de semestre, tendría a un gigante como alumno y a una ogresa de verdugo.

Camino a la casa, volví la cabeza y vi que me observaban. Ella, desde la puerta; él, desde una ventana.

El otro día amanecí con dolor de cabeza. Pronto recordé por qué.

—Mamá, ¿me puedo quedar en cama?, no me siento bien —le dije.

—¿Te sigue doliendo la guata?

—No, ahora creo que tengo fiebre.

—¿A ver?

Lógico. No tenía suficiente fiebre, así que fui tratada con desconfianza.

LAS CLASES PARTICULARES

Al otro día amanecí con dolor de cabeza. Pronto recordé por qué.

—Mamá, ¿me puedo quedar en cama?, no me siento bien —le dije.

—¿Te sigue doliendo la guata?

—No, ahora creo que tengo fiebre.

—¿A ver?

Lógico. No tenía suficiente fiebre, así que fui tratada con desconfianza.

—¿No será que no quieres estudiar con Bruno en la tarde?

Excelente, ahora lo llamábamos Bruno, como si fuera mi amigo de toda la vida.

—No, mamá, no es eso. Ahora, si me disculpas... —y con la frente en alto me fui a duchar, para que viera que su sospecha me parecía ofensiva.

Durante las horas de clase no pude estar tranquila. Ninguna de mis amigas sabía en qué me había metido, por lo que fue fácil no tener que hablar de eso, lo difícil fue dejar de pensar qué iba a acontecer en la tarde. ¿Iría la ogresa a dejar a su hijo a la puerta? ¿Se convertirían finalmente en mejores amigas con mi mamá? ¿Pasaríamos todas las siguientes vacaciones juntos? ¿Sería Bruno igual de antipático que su madre? ¿Resultaría imposible ayudarlo a estudiar? ¿Acarrearía eso el enojo y ganas de vengarse

de la ogresa? ¿Me serviría con papas fritas en la comida de Navidad? Demasiadas interrogantes como para concentrarme en cosas tan lejanas como los números primos o la Independencia de Chile.

A medida que la tarde avanzaba, mi ánimo se fue oscureciendo cada vez más. Divisé a Pajarito comiendo su colación en el patio durante un recreo, apostado en el mismo lugar donde recibió esa vez el pelotazo mientras observaba el partido de fútbol. Me dio rabia que se expusiera así, que se arriesgara a ser golpeado otra vez, porque de ahora en adelante seríamos ambos los afectados por las burlas; si alguien se enteraba de que yo me había convertido en su tutora, no pararían las bromas. Di media vuelta y me prometí a mí misma que nadie lo sabría. O sea que se acababan las visitas de mis amigas después del colegio.



A las cinco, cuando llegó el vecino, mi humor estaba bastante decaído. Venía solo, por suerte, bien peinado y con un queque. Entorné los ojos. “Qué fresco, más encima quiere que le demos once”, pensé. Mi mamá vio mi cara y me retó con la mirada. La ignoré y conduje a Pajarito al escritorio. Sacamos los cuadernos sin intercambiar palabra.



—¿Qué te están pasando en matemáticas? —le pregunté por fin, una vez que nos sentamos.

—Lo mismo que a ti —me respondió, con un tono que me pareció a la defensiva.

—Ya, pero no sé si estamos al mismo nivel.

—¿A qué te refieres? —sus ojos de pronto se volvieron duros, de acero.

—Me refiero a que no sé si los dos cursos van al mismo ritmo.

—Los dos cursos van al mismo ritmo
—dijo, y después de una pausa, agregó—:
Estoy seguro de eso.

Dejé pasar el comentario, no era mi ánimo ponerme a discutir. Tomé mi cuaderno, lo abrí en la primera página escrita y se lo pasé.

—Puedes ir anotando lo que tengo ahí
—le dije.

Me miró con asombro, pero no dijo nada. Pensé que debía estar muy agradecido, mis cuadernos siempre están completos y con letra muy ordenada. Yo me puse a leer el libro que nos habían mandado en lenguaje, mientras mordía una manzana. Pasamos así mucho rato.

De pronto, a las seis en punto, se detuvo y se puso de pie. “Gracias”, me dijo. Estaba claro que pretendía irse, pero también era evidente que no podía haber traspasado todo lo que yo tenía escrito.

—¿Terminaste? —le pregunté.

—No.

—¿Y por qué te vas, entonces?

—Ese era el trato. Una hora cada día.

—¿De verdad? —no pude evitar sonreír.

Se encogió de hombros.

—Te acompaño a la puerta.

Caminamos hasta la entrada de la casa, o en este caso, la salida. Él se detuvo en el umbral y me miró.

—Eres la peor profesora que he tenido.

Y me dejó así, sin habla, con la mano en el picaporte.

Estuve un largo rato de pie, mirando sin ver, pensando. No sabía si sentía rabia, vergüenza o impotencia; o todo junto. Había sido humillada en mi propia casa. Pero Pajarito no me iba a ganar. Para la próxima vez iba a preparar la mejor clase de la historia y él iba a tener que pedirme

disculpas. Con esa decisión me fui a escuchar música a mi pieza.

Veintitrés horas más tarde, todavía no tenía idea de qué iba a hacer para darle a mi vecino una lección inolvidable, pero al menos había avanzado en mis conocimientos sobre música actual, y eso siempre es bueno. A las cinco sonó el timbre. Esta vez Bruno traía calzones rotos. Hay pocas cosas que me gusten más; lo miré con simpatía.

—Si quieres te los comes mientras yo copio tu cuaderno —me dijo, en respuesta a mi sonrisa, pero serio, sin sonreírme.

No supe qué contestarle. Me dirigí al escritorio sabiendo que me seguía. Nos sentamos y él observó a su alrededor, probablemente buscando mi mochila para ponerse a escribir.

—Hoy día vamos a hacer algo distinto —exclamé, súbitamente inspirada.

Ahí sí sonrió para sí mismo. No le hice caso.

—¿Por qué te va tan mal en matemáticas?

Me miró con curiosidad, pero no respondió.

—¿Acaso no entiendes lo útil que es? —le pregunté, intentando una aproximación que me parecía muy pedagógica.

—Al parecer no —me contestó, cruzándose de brazos, entrecerrando los ojos.

—¿Y la historia?

—La historia, ¿qué?

—¿Tampoco entiendes su utilidad?

Seguía mirándome con una cara inescrutable, negó con la cabeza.

—¿Y la de la geografía?

—No.

—¿Y la de las ciencias naturales?

—No.

—¿Y la del lenguaje?

Se encogió de hombros y me miró, desafiante.

Me quedé callada. ¿Qué se dice en una situación como esta?

—Creo que ya hemos establecido que no entiendo nada —habló él al cabo—. Ahora, ¿me puedes pasar tu cuaderno?

—Ya, pero antes dime algo que sí te interese. Tiene que haber algo.

—¿Y quién dijo que no me interesaba nada?

—Bueno, como tú dijiste...

—No me dejaste hablar. Y en todo caso, tu misión es solamente intentar ayudarme a pasar de curso, aunque quizás sea una misión imposible. Pero mi mamá no te paga para que te importe, ¿o sí?

Me puse roja, qué cruel había sido su comentario. Le pasé mi cuaderno y nos quedamos otra hora en silencio, mientras yo lentamente iba desmigajando un calzón roto.

Derrota. Esa fue la palabra que me quedó martillando el cerebro cuando me quedé sola. Nunca había considerado dedicarme a profesora, pero realmente este fracaso rotundo, a una edad tan temprana, me parecía injusto. ¿Por qué de repente me veía envuelta en esta situación tan desagradable? Tal vez lo mejor sería atravesar la calle, contarle a la vecina que me había arrepentido, y devolverme como si esto nunca hubiera pasado. Alcancé a salir al patio, pero luego me detuve en seco. La ogresa venía caminando hacia mí. Crucé los brazos y me preparé para el golpe mortal, incluso cerré los ojos.

Cuando los abrí, no vi a nadie. Entré a la casa y ahí estaba la vecina, en el living, conversando tranquilamente con mi madre, como nunca antes, de un humor excepcional. Me quedé un rato escuchando, para tener tiempo de practicar mi defensa.

—Bruno me dice que Marta le ha ayudado mucho.

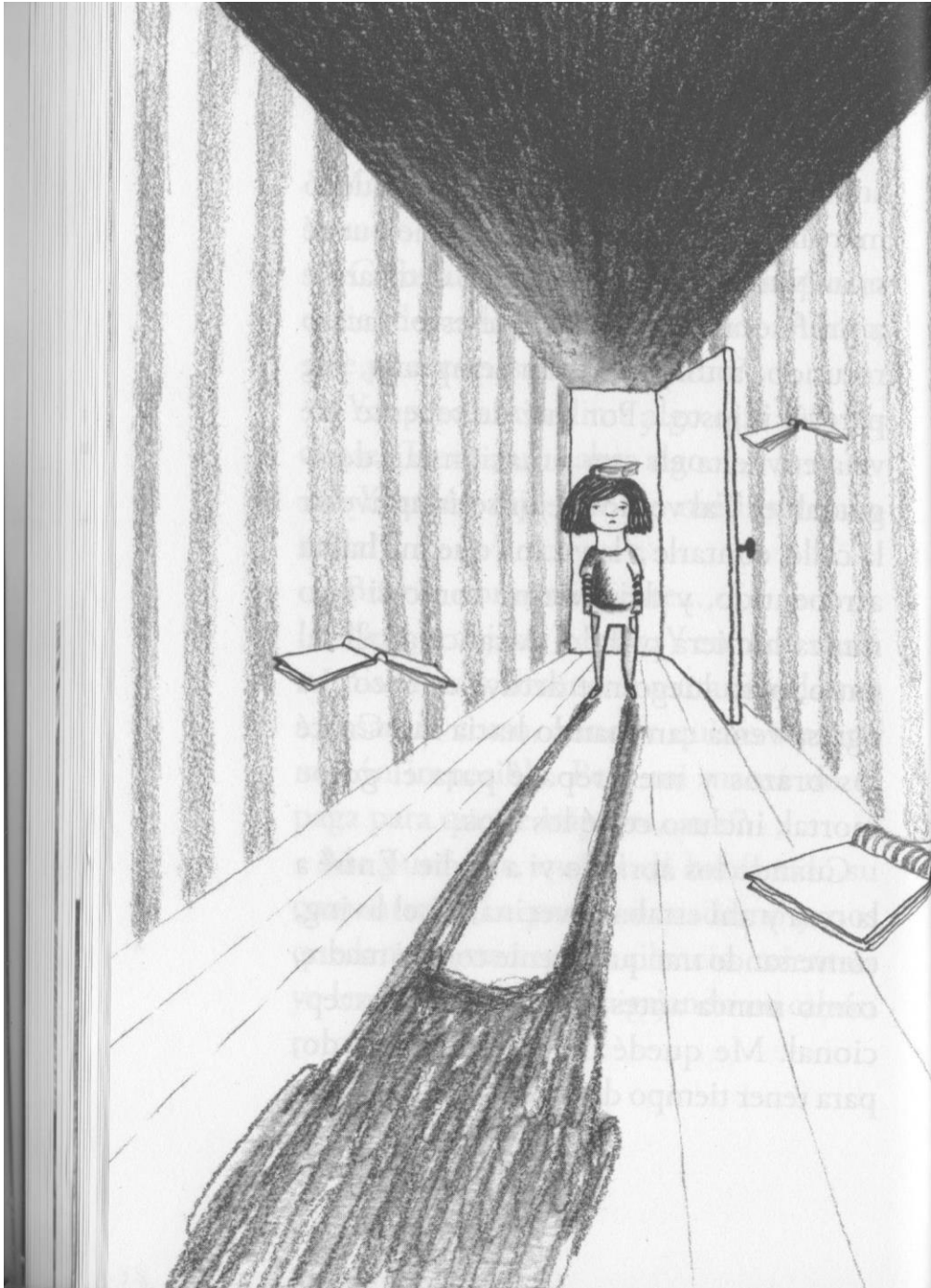
—¿De verdad? —no aprecié el tinte de desconfianza en la voz de mi mamá.

—Sí. Incluso ahora no me alegra cuando se levanta para ir al colegio.

—¡Qué bueno!

Fue lo último que oí. Subí corriendo a mi pieza y me encerré. Nuevamente no sabía qué pensar. ¿Qué pretendía Bruno? ¿A qué estaba jugando? ¿Por qué tenía convencida a su madre de que le gustaba venir, cuando aquí se comportaba de manera tan molesta? Ni idea, pero lo averiguaría. Mañana, cuando viniera, le esperaré una pequeña sorpresa.

Aunque no sabía qué sorpresa iba a darle.



PAJARITO

Tenía que ser algo contundente. Él había atacado mis puntos débiles: mi orgullo, mi autoestima, mi nunca antes planteada vocación docente. Había dudado de mis intenciones a la hora de hacerle clases. ¿Pero quién era él, después de todo? El hijo de una ogresa, y por ende, un ogro. Me quedé helada. Eso no se me había ocurrido antes. ¿Qué tan

ogro sería? ¿Estaría tratando de hacerme engordar, con sus queques y sus calzones rotos fritos en aceite? ¿Le vendría lo ogro por parte de madre y padre? ¿O podría ser humano por la línea paterna? Me di cuenta de que no sabía quién era su papá. Quizás podría preguntarle mañana, para despejar dudas. Porque si era solo mitad ogro, entonces no sería tan peligroso. Por lo menos hasta ahora, había comprobado que no era temperamental como su madre, sino más bien controlado. Y claro, dispuesto a enterrar el cuchillo en la espalda en el momento menos esperado, pero eso no era una característica necesariamente propia de los ogros, según yo. Tampoco olía mal, al menos no que hubiera notado. Además, ¿qué tan amenazante podía ser alguien a quien su madre llama "Pajarito"? Ahí lo supe. Esa era mi arma. Ese era su

punto débil. Porque hay pocas cosas más humillantes que un sobrenombre familiar excesivamente íntimo que se escapa del ámbito privado.

Mi plan no era que se enterara todo el colegio, sino solo que él pensara que era así. Y que se sintiera avergonzado y me dejara en paz.

—Con mis amigas encontramos que "Pajarito" es un apodo un poco infantil para nuestra edad —le dije al día siguiente, una vez que nos sentamos en el escritorio—. Opinamos que Bruno es más adecuado. ¿Por qué tu mamá te dice así?

Me miró por una fracción de segundo y luego palideció. Con algo de dificultad se puso de pie, miró a todos lados y salió de la pieza. Yo me quedé sentada donde estaba, incapaz de determinar si había triunfado o no. Después de un rato decidí que no y fui a buscarlo. ¿Habría ido al baño?

No estaba por ningún lado. Lo lógico era que se hubiera ido a su casa. Es lo que yo habría hecho.

¿Qué hacer ahora? ¿Volver a mi pieza? ¿Ir a ver televisión? Pero sabía que no podría concentrarme, no soporto cuando alguien está enojado conmigo, me pone de mal humor. Tras varios minutos de vacilación, con el cuerpo y el alma encorvados, salí a la calle. Igual que ayer, dispuesta a enfrentar a la vecina, pero con la certeza de que esta vez merecía la aniquilación. ¿En qué estaba pensando cuando le dije eso a su hijo?

Toqué el timbre. La ogresa me abrió la puerta.

—¿Qué pasa? —me gruñó.

—Necesito hablar con Bruno.

—Me dijo que se sentía mal.

—Ya, ¿pero puedo hablar con él?

—¿Por qué? —fruncía el ceño, suspicaz, al acecho.

Empecé a temblar y a sudar. No quería estar ahí, quería escapar corriendo, pero luego recordé lo que había hecho.

—Porque se me olvidó decirle algo.

—¿Qué cosa?

“Que usted es insufrible”, pensé.

—Algo de una tarea que tenemos para mañana —le mentí.

—Ah.

Por fin abrió la puerta y se quitó de en medio. La miré con cara de interrogación.

—Arriba —murmuró, antes de dar media vuelta y marcharse.

Arriba, ¿qué?, ¿la pieza de Bruno?, ¿la cámara de torturas? Subí lentamente la escalera, pegada a la pared, alerta, atenta a cualquier movimiento o ruido. Por eso salté cuando la voz de Bruno me llegó de improviso:

—¿Qué haces?

Me arreglé un poco el pelo y le dije:

—Estaba mirando los cuadros. Son bonitos, ¿ah?

Me di cuenta de que eran puras fotos de aves. Él no hizo comentarios, sino que volvió a decir:

—¿Qué haces aquí?

—Ah, vine a pedirte disculpas.

Cruzó los brazos y esperó.

—No le dije a nadie que te dicen Pajarito. Nunca lo comenté con mis amigas. Era mentira.

—¿Y para qué me lo dijiste? —no me miró mientras hablaba.

—Para molestarte.

Ahí sí me miró, con los ojos bien abiertos.

—¿Por qué? —preguntó.

—¡Porque eso es lo que has hecho tú desde que nos conocimos! —exploté—. ¡Molestarme y criticarme!

—Eso no es cierto.

—Sí lo es.

—¡Por supuesto que no!

—Bueno, yo opino que sí.

—Pero tú no siempre tienes la razón.

—¿Viste? Ya me estás molestando de nuevo.

—No te estoy molestando, estoy estableciendo hechos. No puedes tener siempre la razón. No eres una buena profesora, tampoco es tan grave.

Para mí sí lo era. Me gusta hacer bien las cosas, terminarlas una vez que las he empezado.

—Pero puedo ayudarte igual —me defendí.

—Eso probablemente sea cierto —admitió.

—¿Vas a volver a ir mañana?

—Supongo que sí. Mi mamá está empecinada en que vaya.

—No tienes que llevar cosas para comer...

—Mi mamá las compra.

—Entonces bueno.

Iba a irme cuando me acordé de algo.

—Ni siquiera sé cuánto me va a pagar tu mamá. De hecho no creo que me pague nada.

Luego bajé corriendo las escaleras y casi choco con la ogresa.

—¿Adónde vas tan apurada? —me dijo.

En boca de una abuelita habría sonado como un reto bondadoso, pero en la suya sonaba a carabinero enojado.

—A mi casa.

—¿Todo bien?

—Sí, gracias.

No se impresionó con mis buenos modales.

—A mí no me engañas —susurró muy cerca de mí, y un olor nauseabundo me hirió la nariz.

Llegué a mi casa sin aliento. Pero a salvo.

—¡Todo es tu culpa! —le grité a mi mamá, que estaba en el living revisando su computador.

—¿Qué te pasó? —preguntó ella, asustada.

Tuve que calmarme un poco y pensar bien qué iba a decir. ¿Acaso le iba a volver a contar que la vecina era una ogresa? ¿Qué su hijo se había enojado conmigo porque yo le había dicho una mentira? Ninguna de las dos ideas me presentaba en una luz muy favorable. Así que le dije lo único que podía decirle:

—Ahora tengo todas mis tardes ocupadas y no alcanzo a hacer mis tareas.

—¿De verdad?

—No —gruñí.

De todos modos eso no me lo iba a creer, porque sabía que hacía las tareas con rapidez y luego me dedicaba a escuchar música o a leer o a jugar en el computador. Mis horas de ocio eran sagradas para mí, y no quería que fueran la primera víctima de esta tragedia.

Mi mamá entornó los ojos como diciendo “preadolescentes”, y yo me alejé haciendo crujir el piso con cada paso.

5
BRUNO

En vez de irme a mi pieza, opté por dar un paseo en bicicleta. Necesitaba aire fresco luego de todo este encierro forzado. La tarde estaba fría pero seca, y el viento helado en mi pelo me cambió el ánimo. Incluso en algunos tramos cerré los ojos y me fui andando con el vuelo. Atrás quedaban mis problemas, atrás quedaban mis preocupaciones.

Bueno, quizás no tan atrás. Un poco más allá, donde se acababan las casas y empezaba el pastizal, divisé la enorme figura de Bruno. Agachado, recogiendo algo. Me detuve y lo observé. Tuve que recordar que él tenía tanto derecho como yo a estar ahí. Iba a seguir pedaleando cuando él me vio a mí. Luego me ignoró y volvió a agacharse.

Ahora sí tenía que saber qué estaba haciendo.

–Hola –le dije, cuando estuve junto a él.

–Hola.

–¿Paseando?

–Sí. ¿Y tú?

–También.

Nos quedamos callados. El viento seguía corriendo.

–¿Qué tienes ahí?

–Nada.

–¿Cómo que nada? Ahí –señalé el suelo, donde él estaba hurgando segundos antes.

–Ah, no es mío. Es un nido –al ver mi expresión, agregó–: de pájaros.

–Me imagino que de pájaros. ¿Pero de qué tipo? –quise saber, como si supiera algo de eso.

–De loica.

–No los habrás estado rompiendo, espero –le dije, por decir algo.

Me miró con una expresión que no pude descifrar. ¿Temor de que lo fuera a acusar? ¿Desafío? ¿Desprecio?

–No, no los estaba rompiendo –aclaró.

Se dio media vuelta y me dejó sola de nuevo.

–Es feo dejar hablando solo a alguien –le grité, mientras lo seguía en la bicicleta.

–Es feo acusar a alguien de andar rompiendo huevos –me gritó de vuelta.

Bueno, tenía razón.

–Ya, perdona. ¿Te gustan mucho los pájaros?

No me respondió. A mí se me encendió una ampolleta.

—¿Por eso te dice así tu mamá?

Siguió caminando, y yo tras él, pedaleando.

—Ya, si no te estoy molestando. Es por eso que te dice así tu mamá, ¿verdad?

—Sí. ¿Y?

—Nada. Es simpático —dije, tratando de romper el hielo—. A mí todo el mundo me dice Marta. Es muy aburrido.

—Al menos nadie se puede burlar de eso.

—Cierto.

En ese instante se oyó un grito fuerte y estridente, y luego vimos una bestia enorme lanzándose en picada contra nosotros.

—¡Mejor no te quedes ahí! —gritó Bruno.

Y se fue corriendo, más rápido que un rayo.

Tuve que hacer lo mismo. Pedaleé con todas mis fuerzas en la misma dirección



en que él se había ido, mientras imaginaba funestos titulares en el diario: “Insólita muerte de niña a picotazos”. Y mis amigas con lágrimas en los ojos dando entrevistas y refiriéndose a mí como la persona más maravillosa del mundo. La bestia seguía gritando y mi corazón

saltaba como loco. Pero no por mucho rato. El pájaro se aburría de seguirme, al parecer, porque cuando llegué a la puerta de mi casa, sin aliento y sin más energías, solo estaba yo.

—Me abandonaste ayer —le dije a Bruno cuando llegó a estudiar al otro día.

Se quedó mirándome, con esa cara indecifrabable que ya me estaba empezando a parecer familiar, como si yo le estuviera hablando en chino mandarín y él no pudiera entender una palabra de lo que yo decía.

—¿Te abandoné?

—Ayer, cuando el pájaro casi nos mata. ¿Te acuerdas?

Se rió.

—¿Qué es tan divertido?

—El queltehue no nos iba a matar, Marta. Solo estaba protegiendo su nido. Quería asustarnos.

Era la primera vez que decía mi nombre, y nuevamente se reía de mí. Las mejillas se me encendieron.

—¿Cómo sabes tú? A mí me pareció bastante agresivo.

—Bueno.

—¿Cómo que bueno?

—Si tú lo dices, debe ser verdad.

Le hice una mueca.

—¿Por qué sabes tanto de pájaros?

—Porque los he observado toda mi vida.

—Toda mi vida... Suena como si fueras un viejo.

No hizo ningún comentario.

—¿Dónde vivías antes? ¿Antes de que te vinieras a vivir con tu mamá?

—Con mi papá, en el campo.

—Tus papás están...

—...Separados. Sí.

Silencio incómodo. Tuve que salvarlo con lo primero que se me ocurrió.

—¿Y en el campo te dedicabas a observar pájaros?

—Eso y un par de cosas más —dejó pasar mi pesadez.

—Y tu papá, ¿cómo es?

—¿Mi papá? —me miró raro, de nuevo tratando de entender por qué le hacía esa pregunta, pero yo tenía mis motivos.

—Sí. ¿Se parece a ti? ¿O se parece a tu mamá?

—¿Cómo se va a parecer a mi mamá? No son parientes.

—No, pero a veces las parejas terminan pareciéndose...

—Bueno, mi papá es lo contrario a mi mamá.

—¿Es alto?

—Sí, es alto.

—Tu mamá también es alta.

—Me refería a su personalidad.

—Ah. ¿Entonces es simpático?

Volvió a reírse.

—Sí. Y por lo visto, no encuentras simpática a mi mamá. Creo que se lo voy a mencionar.

—No, ¡por favor, no le digas! —casi grité.

Bruno pareció extrañarse de mi reacción.

—Era una broma. Obvio que no le voy a decir.

Después de eso nos quedamos callados un rato.

—¿Vamos a estudiar hoy día, o no? —pregunté finalmente.

—Tú eres la que se puso a preguntarme cosas.

—¿Te molesta?

—No.

—Ya..., entonces saca tu cuaderno de historia. Vamos a ir leyendo, luego tú me cuentas lo que entendiste y yo te corrijo si te olvidaste de algo.

Pasamos la siguiente hora trabajando así, totalmente concentrados, y solo supe

que eran las seis cuando me empezaron a sonar las tripas. Miré a Bruno, triunfante. Él disimuló un bostezo.

—Me voy —anunció.

Fui a dejarlo a la puerta, confirmando de paso que soy muy bien educada. Luego corrí a la cocina a hacerme unos panes y una leche, satisfecha con la conclusión de que podía ser una excelente profesora y dedicarme a eso, si quería, en el futuro.

El viernes amaneció radiante. Recordé que hoy daban papas fritas de almuerzo y todo pareció perfecto en mi día. Incluso la sesión con Bruno no se veía tan amenazante. La verdad es que no era tan lento para entender y yo puedo explicar bastante bien si me lo propongo.

—¿Te gustó la clase de ayer? —le pregunté cuando llegó a mi casa en la tarde, esperando un “sí” enérgico e inmediato.

En cambio, de nuevo esa mirada. ¡Qué insoportable! Normalmente no tengo tantos problemas para entender a las personas.

—¿Qué?, ¿acaso te aburríste? —tuve que averiguar.

—¿Tú te entretuviste?

No supe qué contestar. No sé si me entretuve, pero tampoco lo pasé tan mal.

—En general me encanta aprender cosas nuevas. Pensé que te podía pasar lo mismo —dije, tratando de parecer muy intelectual.

—A mí en general me encanta aprender cosas útiles —contestó, picado.

—¿Es broma? La historia es muy útil, por si no te has dado cuenta.

—“¿Es broma?” —me remedó—. No entiendo cómo puede ser útil aprender algo que pasó hace mil años.

Exageraba, evidentemente. Yo respondí a la provocación:

—Bueno, quizás cuando madures lo puedas entender.

—No creo.

—¿No crees que puedas madurar, o no crees que puedas entender?

Suspiró.

—Lo que tú digas —respondió, mirando hacia fuera y apretando los dientes.

Me sorprendió el enojo en su voz. ¿Iba a ser esto así, todos los días? No estaba dispuesta.

—¿Por qué siempre te enojas conmigo?

—¿Por qué crees que soy tonto?

—Yo no creo que seas tonto.

—Pues lo parece.

—No... —dije, y traté de ordenar mis ideas—. No creo eso. Yo en general hablo así, con pesadeces, mi mamá siempre me lo dice. Disculpa.

—Está bien —se encogió de hombros.

Lo miré y quería decirle algo más, pero no me atreví. Así que decidí hacer algo que me pone de buen humor a mí.

—¿Vamos a tomar once primero?, y de ahí estudiamos.

Sonrió ligeramente y yo supe que había dado en el clavo.

—Aparte, te recuerdo que últimamente se te ha olvidado traerme cosas para comer.

—¿Y para qué?, si nunca las compartes.

—¿No estoy compartiendo ahora, acaso?

—Felicitaciones.

No fue tan incómodo como pensé. Mi mamá nos hizo una leche con plátano y yo preparé dos marraquetas con mantequilla y tomate. Bruno se portó bastante bien, contándole a mi mamá algunas de sus aventuras en el campo, de cómo ordeñaba la vaca en las mañanas y cortaba leña en las tardes.

—Le podrías enseñar a Marta algunas de esas cosas —dijo ella—. Aunque me conformo con que le muestres que es bueno levantarse temprano.

—Uy, qué amorosa —respondí, y luego dirigiéndome a él—: Muchas gracias.

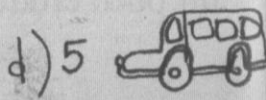
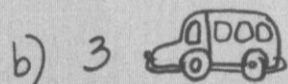
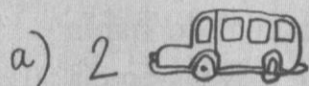
Pero en realidad no me importó. Quedé bastante intrigada con esto de la vida en el campo y sus enseñanzas. Más rato, si se daba la oportunidad, le preguntaría a Bruno. Quizás, solo quizás, él también podría enseñarme un par de cosas.

LOS PÁJAROS

Las tardes de la semana siguiente procuré mezclar las lecciones con ejemplos de pájaros, para atraer la atención de mi alumno. En matemáticas no era muy fácil, pero al menos en los ejercicios podíamos usar gallinas y gorriones en vez de porotos y pan de Pascua, excepto cuando había que trabajar con decimales. Me parecía un poco crudo hablar de un cuarto o un

octavo de ave. Bruno tuvo que recordarme que eso es exactamente lo que sucede cuando comemos pollo con papas fritas. Decidí ignorarlo.

En un bus caben 47 gorriiones,
deben viajar 126 gorriiones. ¿Cuántos
buses se necesitan?



Historia y geografía eran otro cuento. El problema no era la falta de interés, como yo había asumido, sino el exceso. Bruno se distraía con todo: se preguntaba qué comían las personas antes de tener vacas y trigo, hasta dónde llegaban los bosques antes de que los cortaran, si yo apoyaba los derechos de los animales, si yo creía que Chile de verdad era independiente, y un largo etcétera. Personalmente, tenía dificultades para lidiar con otra mente divagante. Por eso le contestaba que esas cosas jamás se las iban a preguntar en una prueba, pero otras veces lo celebraba para que no se molestara conmigo.

Uno de esos días, cuando terminamos de estudiar y Bruno se estaba preparando para partir, determiné que era un buen momento, y le dije:

—¿A dónde vas a ir ahora?

Estoy segura de que estuvo a punto de decirme “¿qué te importa?”, pero no lo hizo.

—Te pregunto porque si vas a ir de nuevo a ver a tus pájaros, me gustaría ir contigo.

—¿Por qué?

—Porque no sé nada de pájaros.

—¿Y por qué quieres saber?

Me encogí de hombros, insegura de cuál sería la respuesta apropiada para esa pregunta.

—¿Eres una coleccionista de información?
—me preguntó.

—¿Qué es eso?

—Algunas personas coleccionan estampillas, otros coleccionan monedas, y otros, información, como tú.

—¿Eso es malo?

—No necesariamente..., pero en algún momento vas a tener que elegir alguna de tus colecciones.

—A lo mejor elijo a los pájaros y me convierto en la experta máxima —le dije, para molestarlo.

—No me extrañaría.

—Entonces, ¿puedo ir contigo?

Salimos y el aire estaba más cálido que el otro día.

—Ya está empezando a notarse la primavera —dije, para imitar una conversación de adultos, que siempre parten hablando del tiempo.

—Van a volver los fío-fíos —me contestó él, a gran distancia de cualquier respuesta normal.

—¿Qué es eso?

—¿Cómo? ¿No sabes? —se rió.

Entorné los ojos.

—Sí, Bruno, ahora te puedes jactar de todo lo que sabes.

—No sé si estás lista para eso.

- Haz la prueba.
- Bueno: pero tienes que abrir tu mente y dejar que la sabiduría entre.
- Ajá.
- Me refiero a la sabiduría de la naturaleza, esa que no se aprende en tu cuaderno.
- Ya entendí, Bruno... –le contesté, picada.
- Lo primero que hay que saber sobre los pájaros es que muchos van y vienen de un país a otro durante el año. Algunos los puedes ver en las ciudades...
- Sí, ya sé.
- ¿Qué sabes?
- Lo de los pájaros en las ciudades.
- No tienes idea de lo que iba a decir.
- Ay, Bruno, tampoco es tan difícil, todo el mundo sabe cuáles se ven aquí –le dije, poniendo voz de ligera exasperación.
- A ver, nómbrame uno.
- Bueno, en primer lugar, las palomas...
- Ya, pero las palomas son introducidas.

- ¿Y qué importa?
- Importa porque hay otros pájaros que son de aquí y se conocen menos.
- ¿Como las loicas?
- Sonrió, a su pesar:
- Sí. ¿Cuál más?
- ¿No es suficiente?
- No, más bien es grave que, teniendo como quinientas especies nativas, solo puedas nombrarme una.
- Estaba alardeando de nuevo. No le di importancia:
- ¿Las gaviotas?
- ¿De qué especie? Hay varias.
- Bueno, entonces todas.
- Eso es trampa. No te sabes ninguna.
- No eres un profesor muy estimulante –le dije, devolviéndole su pesadez del otro día.
- Ya, perdona, pero te apuesto a que si te digo algunos nombres, te vas a acordar.

–Dale –respondí, dispuesta a perdonar con rapidez.

–Los mirlos –empezó él.

–Creo que los conozco –bluféé.

–Tienen las plumas de un color negro como azulado, que brillan con el sol. Son muy bonitos.

Yo lo miraba con cara de “sí, tienes toda la razón”.

–La hembra, eso sí, es café –continuó—. Hay otros pájaros que son parecidos, pero ahí los machos y las hembras son negros y no tienen ese brillo metálico: los tordos.

–No sé cuáles son esos.

–Vuelan en bandadas y son gritones, se ven por todos lados. Y los chincoles, ¿te suenan?

–¡Sí, esos sí! Mi abuela me enseñó que cuando cantan, en realidad andan preguntando “¿Ha visto a mi tío Agustín?”.

–Es cierto –asintió—, yo también sabía eso.

–Me gustan los chincoles, aunque no siempre los reconozco –confesé, mirándolo de reajo.

–Es fácil igual. Cuando vea uno te lo muestro, tienen plumas levantadas en la cabeza, como un copete... –dijo, y se puso a mirar para todos lados.

Yo lo imité, pero no pude divisar nada, chincol o no chincol. De repente, Bruno gritó:

–¡Mira, una loica!

–¿Dónde?

–¡Ahí, en ese poste!

–Uy, ¡qué linda! –exclamé, realmente sorprendida—. ¡Tiene el pecho rojo!

–Sí, aunque en este caso es “lindo”. El macho es el que tiene ese color, el de la hembra es mucho más pálido.

Lo miré para ver si estaba molestándome. Pero no, estaba muy serio.

—¿Por qué?

—Porque es el macho el que tiene que llamar la atención de la hembra, no al revés...

Iba a contestarle algo, pero me arrepentí. Su tono había sido raro, como solemne. Nos quedamos un rato en silencio mirando cómo la loica —o el loico— bajaba al suelo a buscar algo, semillas quizás. La noche había empezado a caer y pronto iba a ser difícil distinguir cualquier cosa. Volvimos caminando hacia nuestras casas. Cuando llegamos, antes de irme, suspiré y le reconocí a Bruno:

—Eres un muy buen profesor.

—Gracias —me respondió. Con esa luz no pude ver su cara, pero me pareció que estaba contento.

—De nada —le dije, y me fui a mi casa, satisfecha y ligera como una pluma, pensando en todo lo que me faltaba por saber.

Decidida a convertirme en una maestra en el arte de pájaros, me puse a estudiar como loca. Después de las lecciones con Bruno, pescaba mi libro de aves y me ponía a mirar las láminas y a memorizar la información que aparecía para cada una, y luego salía a recorrer las plazas para identificarlos. Ahora veía seres alados que nunca antes había siquiera percibido, era como si se me hubieran abierto los ojos, como si se me hubieran abierto una puerta y yo hubiera dado un paso hacia un mundo secreto, medio salvaje, que estaba oculto en la ciudad. Hasta diseñé una estrategia y me los aprendí por colores:

El amarillo predominante para jilgueros y chirihues.

El rojo para el pecho de loicas y raras.

El negro para los tordos; negro-azulados, los mirlos.



Muxlo



Chimol



Tsedo



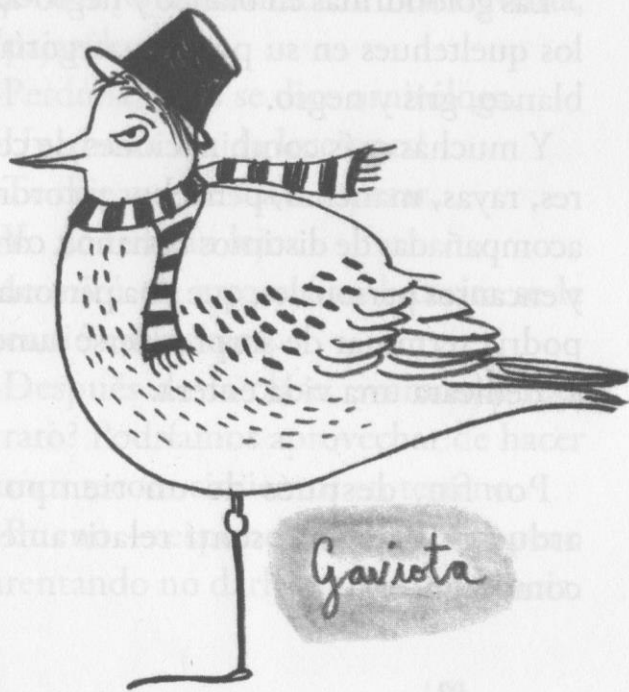
Rara



Chisihue



Joica



Gaviota

Los cachuditos y fío-fíos en tonos de gris. Mención especial para los zorzales con patas y pico amarillentos.

Los picaflones básicamente en verde.

Café claro para los chercanes, también para el chincol, aunque con una mancha anaranjada detrás del cuello.

Blanco en general para las gaviotas y las garzas chicas.

Las golondrinas en blanco y negro-azul, los queltehues en su propia categoría de blanco, gris y negro.

Y muchas más combinaciones de colores, rayas, manchas, penachos y coronas, acompañadas de distintos tamaños, cantos y encantos personales, que una persona no podría terminar de sorprenderse aunque se dedicara una vida entera.

Por fin, después de un tiempo de arduo trabajo, me sentí relativamente competente.

Ese día Bruno llegó con un paquete de papas fritas que no pudo dejar de comer en todo el rato que estuvimos estudiando, y al cabo le lancé:

—Ay, Bruno, qué cochino. Pareces paloma, comiendo basura. Mejor harías en comer más sano, estilo vegetariano, como las raras —todo esto para impresionarlo. Lo conseguí: me miró fijamente.

—¡Bravo! ¿Quién lo hubiera dicho? ¡Marta, la “pajaróloga”!

—Perdona, pero se dice ornitóloga.

—Uy, ¡hasta me da lecciones!

—Te dije que te iba a superar.

—Yo no iría tan lejos.

Me miró un rato y una lucecita se le encendió en los ojos.

—Después de la clase, ¿vamos afuera un rato? Podríamos aprovechar de hacer algunos reconocimientos en terreno.

—Bueno —respondí, orgullosa, pero aparentando no darle gran importancia.

Pasamos la tarde recorriendo los jardines en busca de nidos. Encontramos uno de chincol, hecho con pasto, y otros dos de zorzales armados con ramitas y barro sobre unos árboles. Mi corazón estaba extrañamente agitado y saltaba con cada descubrimiento. Bruno me mostró desde lejos la nidada de la loica, la misma que había estado observando hacía tanto tiempo atrás —me parecía a mí— la primera semana que fue a mi casa. Estaba procurando que nadie más la descubriera y le hiciera algún daño.

Fue una buena tarde. En un momento miré a Bruno, alias ex Pajarito, y me di cuenta de que desde hacía un tiempo ya no me parecía tan grande, ni menos atemorizante. De hecho, con frecuencia olvidaba que estaba emparentado con ogros. Ahora se le había caído un mechón de pelo castaño sobre la cara y tenía las

mejillas encendidas. Y ahí, sin previo aviso, entendí lo contenta que estaba de haberlo conocido. Aunque eso jamás se lo hubiera dicho.

—¿Qué te pasa? —me preguntó, cuando vio que lo estaba observando.

—Tengo una duda: ¿tú crees que uno es feliz como perdiz, o feliz como lombriz?

—¿Qué cosa?

—Es que creo que, si hago la comparación, mi felicidad se parecería más a la de las perdices que a la de las lombrices. Porque para las lombrices, la felicidad consistiría en excavar galerías bajo el suelo y comer tierra, mientras que para una perdiz, sería correr por el campo, bajo el sol, y buscar semillas. ¿Tengo o no tengo razón?

No me respondió, sino que levantó una ceja, confundido, y yo partí caminando, satisfecha con mis reflexiones y segura de ser feliz como una perdiz.

○ Cuando llegamos de vuelta, la ogresa nos estaba esperando. Bruno la saludó al pasar y subió a su pieza rápidamente. Yo también quería irme, pero ella me llamó.

○ –Supongo que no habrán estado distrayéndose de nuevo con esos pájaros –me dijo.

○ –No, señora –le respondí yo, intentando no pestañear.

○ –¿Entonces por qué venían en esa dirección?

○ –Tuvimos una lección práctica de geometría.

○ –¿Y en qué consistió?

○ –En calcular los ángulos y las trayectorias de los objetos –mi cerebro trabajaba a mil, tratando de pensar en algo que sonara muy complejo. Por suerte, al parecer ella no estaba muy al tanto de lo que uno debía ver en matemáticas a nuestra edad.

○ –Mmm –gruñó, no muy convencida.

Nuevamente intenté irme.

○ –Espera –me detuvo–. Este viernes tengo una comida con algunas amigas. Bruno me pidió que también te invitara a ti.

○ –Gracias, pero primero tengo que preguntarle a mi mamá –le dije, aunque por dentro estaba pensando “ni loca me aparezco”.

○ –Voy a hacer pollo frito –agregó, entrecerrando los ojos y sonriendo con una hilera de dientes brillantes.

Yo me alejé corriendo.

○ El resto de los días transcurrieron en calma. Al finalizar las clases particulares salíamos a andar un rato en bicicleta, vigilábamos a la distancia que las pequeñas locas y locos estuvieran creciendo bien, y nos fijábamos por si aparecía algo interesante. Para mí todo era novedoso, mi sueño era ver una garza cuca o un sietecolores. El jueves estábamos

LOS OGROS

El resto de los días transcurrieron en calma. Al finalizar las clases particulares salíamos a andar un rato en bicicleta, vigilábamos a la distancia que las pequeñas loicas y loicos estuvieran creciendo bien, y nos fijábamos por si aparecía algo interesante. Para mí todo era novedoso, mi sueño era ver una garza cuca o un sietecolores. El jueves estábamos

cansados por todo el trabajo de la semana, así que al final decidimos sentarnos un rato en la plaza, lejos de los polluelos y sus centinelas.

Yo me puse a hacer una corona, él se recostó sobre el pasto y cruzó los brazos detrás de la cabeza.

–Viene tormenta –dijo, de repente.

–¿Ah?

Miré el cielo. No se veían nubes oscuras.

–Los pájaros están volando bajo. Va a llover –comentó con aire de profeta–. Vas a tener que llevar paraguas mañana.

–Tú también.

–No, a mí me gusta mojarme.

–... Después no alegues si te resfrías.

–Me vas a tener que hacer un té con miel.

–Bueno, pero solo si traes calzones rotos de nuevo.

–Qué patuda.

–Nos reímos y después nos quedamos un rato callados.

–¿Sabes lo que me dijo tu mamá el otro día? –solté de pronto.

–¿Qué?

Me miró con una cara tan inocente, tan alegre, que no pude arruinarle el momento.

–Que estabas subiendo tus notas.

–Ah, es cierto.

–¿Viste que con un poco de disciplina y una buena profesora se pueden hacer maravillas?

Negó con la cabeza, pero se rió.

–Eres tan sobrada –dijo.

Yo también me reí. Pero entonces se me ocurrió algo: ¿qué diría alguien que nos viera en este momento? ¿Qué pensaría? Me puse seria y un poco roja, y dejé de hacer la corona. Un rato después, me levanté y anuncié que tenía que irme. No sé si él se quedó, porque no miré hacia atrás.

El viernes efectivamente amaneció chispeando. En general me gusta la lluvia, pero ese día había algo en el aire que me tenía intranquila. Todo transcurrió lentamente, aunque sin problemas. Hacia la tarde me fui relajando, hasta que llegó el último recreo y todo se estropeó.

Me había sentado con mis amigas a conversar en uno de los bancos en el pasillo, y veía que Bruno estaba inspeccionando de cerca uno de los árboles, indiferente a las gotas. No es que estuviera pendiente de él, pero me tenía intrigada lo que había encontrado. De repente, su cara se iluminó. Casi fui hacia él, pero me contuve con algo de esfuerzo, pensando en todas mis reflexiones pasadas y las bromas seguras.

Dio lo mismo, porque a los dos minutos Bruno se acercó corriendo y me dijo, muy emocionado:

—¡Marta, un nido de picaflores! ¡Nunca había visto uno! ¡Con musgos, telarañas y todo! ¡Ven a verlo!

Mis amigas se quedaron mirándome con cara de interrogación severa. No tenían idea qué estaba pasando.

—¿Qué onda? —preguntó una.

—¿Quién es este? —dijo otra.

Yo estaba helada. Todo había pasado tan rápidamente, que de pronto me encontré diciendo:

—No tengo idea. ¿Te conozco? —dirigiéndome a Bruno, con el tono de voz más antipático que tengo, que es bien antipático.

Las niñas que estaban a mi alrededor asintieron y una que otra se rió despacio. Él se dio vuelta para que no pudiéramos ver su cara de derrota; los hombros caídos, el nido olvidado.

Lo vi alejarse y pensé que algo de mí se alejaba con él. Había traicionado a

mi amigo. Me paré y fui al baño, para que nadie me preguntara por qué estaba llorando.

Esa noche tenía dos alternativas. Ir a la espantosa comida de su mamá y pedirle perdón a Bruno, y morir en el intento, o no asistir, quedarme tranquila en mi pieza y olvidarme de él para siempre. Las dos alternativas me parecían dolorosas. La segunda, con una intensidad que me sorprendió. Finalmente, me dije: “¿Cuál es la posibilidad de que ocurra lo primero? Digamos que un noventa por ciento. ¿Y lo segundo? Un cien por ciento”. Estaba claro: los números habían hablado. Y de todos modos era posible reducir la posibilidad de muerte aún más. Con eso en mente, fui donde mi mamá, le pedí permiso para ir a la comida, le dije que si no había regresado a las nueve llamara a los bomberos. Tomé

un cortaplumas para estar armada y lo guardé en el bolsillo al alcance de la mano. Luego puse mi billetera en el bolsillo de la blusa, sobre mi corazón, por si alguien intentaba dispararme a quemarropa.

La casa estaba iluminada como nunca antes. Una música de opereta salía por las ventanas, mezclada con risas estruendosas. Estuve a punto de salir corriendo, pero entonces divisé la silueta de Bruno paseándose con una bandeja. De alguna manera eso me dio seguridad, como si no pudiera correr peligro si él estaba ahí; además, me recordó el motivo de mi visita. Toqué el timbre y salió la ogresa. En la penumbra no distinguí bien su expresión, pero me percaté de que no sonreía.

Entré sin que me invitaran, antes de que la ogresa me cerrara la puerta en las narices, y entonces las risas cesaron y

hubo un momento de silencio. Deben de haber sido unas diez caras las que se volvieron a mirarme, todas a la vez. Había solo mujeres –más Bruno– y no reconocí a nadie del barrio. La timidez me atacó en ese instante. Le entregué a la ogresa el chocolate que había traído, sin decir una palabra, y fui a sentarme en un sillón. La cara de Bruno se descompuso al verme. No podía culparlo, yo también me hubiera enfermado en su lugar. Pero iba a tener que aguantarse, porque no me pensaba ir hasta que él me escuchara.

Desde mi puesto, y ya que nadie me prestaba atención, me entretuve pensando en que en un momento como este bien se podría desear que la tierra se abriera y la tragara a una, pero que en realidad era una tontería, porque nadie puede desear un terremoto grado diez y sus consecuencias. En esas estaba, cuando una de las señoras

se me acercó y me ofreció nueces. Yo las acepté con una sonrisa torcida y tomé varias. Luego se acercó otra con una fuente de maní y me dijo que me lo comiera todo. Un rato después, volvió la de las nueces. De a poco me fui sintiendo más tranquila, en realidad las señoras amigas de la ogresa no eran tan espantosas como había imaginado.

Bruno no me había vuelto a mirar siquiera, pero eso significaba que tenía permiso para observar atentamente a los presentes. A mi amigo me lo sabía de memoria. Su madre había decidido obsequiar a sus invitadas con un atuendo verde musgo y una permanente dramática; pero aparte de eso, no había nada nuevo en ella. Lo que me llamó la atención fueron las demás, quienes curiosamente, se parecían un poco entre sí. A lo mejor eran todas primas lejanas. Y también eran parecidas

a la ogresa, ahora que lo pensaba: mucho peinado inflado, mucho colorete, mucho traje de dos piezas, casi la misma edad... y una expresión similar. Pero ¿que expresaba qué?

De repente caí en la cuenta del olor que reinaba en la sala. Desodorante ambiental

tipo "Aires de montaña", fuerte. Pero nadie estaba fumando. Busqué a Bruno con cara de pregunta y vi que su cara seguía verdosa. Iba a decirle que ya era suficiente, pero una sensación rara me impedía hablar. Y entonces lo oí decir, con una voz aguda que no lo reconocí:



—Marta, ¿me acompañas un rato afuera?
Confundida y muda, me levanté para seguirlo, pero una de las invitadas me cortó el paso:

—¿A dónde crees que vas?

Toda la sangre se me agolpó en la cabeza.

Vi que a mi alrededor todas las mujeres se habían puesto de pie y yo todavía no alcanzaba a comprender lo que estaba pasando. Solo sabía que no podía ser nada bueno, porque Bruno tenía una expresión que no le había visto antes, estaba fuera de sí.

—¿Qué pasa, Bruno? —pregunté, con un hilo de voz.

No me respondió él, sino la señora de las nueces, quien anunció:

—Pasa, querida, que acabamos de convenir que el menú de hoy será cazuela nogada.

En ese momento entendí: había ido a meterme a una guarida de ogresas. Y me

di cuenta de que hasta ahora no lo había creído, no realmente. Pero esta no era una de mis fantasías. La expresión en los rostros era de hambre, porque esta noche, la cazuela nogada sería yo.

EL INTENTO

MI cerebro comenzó a trabajar a mil. "Ojalá pudiera escupir todos los huesos y las nueces que me comí", pensé. Para al menos amargarle el sabor a las ogresas, porque honestamente, ¿qué posibilidades tenía de salir viva de aquí? Solo tenía un aliado: Bruno, y parecía más acostumbrado que yo.

¿O no? Su semblante había cambiado.

EL INTENTO

MI cerebro comenzó a trabajar a mil. “Ojalá pudiera escupir todos los maníes y las nueces que me comí”, pensé. Para al menos amargarle el sabor a las ogresas, porque honestamente, ¿qué posibilidades tenía de salir viva de aquí? Solo tenía un aliado: Bruno, y parecía más asustado que yo.

¿O no? Su semblante había cambiado.

—Bueno —dijo él—, creo que ya podemos dejar de actuar, ¿cierto, mamá?

Ella no dijo nada. Al parecer él tampoco esperaba una respuesta, porque siguió hablándole a su madre con un tono de evidente exasperación:

—Ya tienes lo que querías. ¿Ahora me vas a dejar tranquilo?

—Sí, supongo que sí —le respondió ella, de brazos cruzados.

—¿Necesitas algo más?

—No.

—Bueno, ¿entonces puedo irme a mi pieza ahora?

—Claro, haz lo que quieras.

Todo este diálogo se desarrollaba frente a mí, pero yo todavía no podía procesarlo. ¿Bruno había estado ayudando a la ogresa? ¿La había estado ayudando a capturar-me, desde el principio? ¿Hablándome de pájaros, de la vida sencilla en el campo,

engatusándome con sus palabras? ¿Mirándome con esa cara inocente? ¿Ganándose cada tarde mi confianza, mi amistad, para luego entregarme como si fuera un bulto cualquiera? No, no era posible. No era posible. Mi ser entero se rebelaba ante esa alternativa.

Lo miré esperando encontrar una señal de lo contrario. Bruno había comenzado a subir las escaleras y se alejaba de mi campo de visión. Todavía podía ver sus piernas a través de la puerta abierta del living. Desesperada, traté de zafarme, pero una de las ogresas me sostenía un brazo con una mano de uñas largas y pintadas, mientras discutía con el resto la mejor forma de preparar los aliños. Todas estaban enfrascadas conversando y no nos prestaban atención.

Entonces, Bruno se agachó por un segundo, me miró y señaló una puerta,

al tiempo que pronunciaba claramente: “anda al baño”. Luego desapareció.

Mi corazón saltó, y sin dudarle un momento, dije en voz alta:

—¿Puedo ir al baño?

Como me observaron con el ceño fruncido, continué:

—No creo que quieran su plato opacado por la urea, señoras.

Se miraron brevemente y luego la dueña de casa asintió e hizo un gesto para que la mujer de las uñas pintadas me escoltara hacia el segundo piso. Mientras subía los peldaños, oí a una que decía:

—Es sorprendente lo bien que se lo está tomando.

Entré al baño y ahí estaba Bruno, sentado en el borde de la tina, con la misma mirada de susto que estaba segura de haberle visto unos momentos atrás. La mujer me había

dicho que tenía máximo cinco minutos, así que debíamos elaborar rápidamente un plan. Pero antes yo necesitaba un par de explicaciones. Encendí el ventilador para poder hablar sin que nos oyeran.

—¿Me puedes decir qué es eso de que estabas actuando? —fue lo primero que se me ocurrió preguntarle, hablando de todos modos en susurros.

—No, me refería a que mi mamá estaba actuando —me respondió en el mismo tono, con una expresión desolada—. Perdona, Marta. Ella me había prometido que nunca iba a pasar algo así.

—¿Y por qué no me dijiste?

—¿Qué cosa?

—Que iba a haber esta cena anual de mujeres “malas-como-el-natre”.

—No es una cena anual, es una cena mensual.

—¿De verdad?

—Sí. Al menos el mes pasado tuvieron otra...

Me quedé observándolo un segundo.

—¿Cómo puedes participar en esto, Bruno?

—No participo en esto, Marta. ¿Se te olvida que hasta ahora había vivido con mi papá? Y la vez pasada no estuve, mi mamá me mandó a mi pieza.

—¿Y por qué ahora andabas incluso de mesero?

—Ella me pidió ayuda.

—¿Para cocinar? —le pregunté, levantando una ceja, significativamente.

—No, Marta —respondió, con su paciencia de siempre—. Si hubiera sabido que ellas pretendían... que tú ibas a venir...

Apretó los puños y se quedó en silencio. Su ira me conmovió un poco.

—¿Entonces tú no le dijiste que me invitara?

—Obvio que no.

—¿Y por qué te viniste a vivir con ella?

—Porque es mi mamá, Marta, y me lo pidió.

—¡Pero tú sabías quien era!

—Mi mamá no es como tú piensas.

Puse mi mejor cara de incredulidad.

—Perdóname si la ofendí —dije, irónica.

—No es eso. Ella me recogió cuando me abandonaron. Me dejaron en su puerta y ella me recibió. Me crió como su propio hijo hasta ahora.

Ante mis ojos apareció una imagen de un Bruno pequeño y solo en el mundo, en un nido ajeno, sin ninguna posibilidad de hacer algo al respecto...

—Eres como un mirlo, Bruno, y tu mamá es la chincola que te recibió... una chincola mala, en todo caso.

—No es mala.

—Ay, Bruno, entiendo que no quieras hablar mal de tu mamá, pero por favor,

al menos concédeme que sus amigas son malas, o que son malas todas juntas una vez al mes.

—Mmm... no estoy seguro de qué hacen en sus reuniones mensuales.

—Creo que hoy tuvimos una buena muestra. Pero, ¿por qué no vivías con ella desde el principio, si la encontrabas tan virtuosa?

—No la encuentro tan virtuosa. Tiene un temperamento bastante irascible... tú lo has visto.

—Irascible es ponerlo muy suave.

—Bueno, de cualquier forma, no es una persona con la que sea fácil vivir. Por eso al principio me quedé con mi papá en el campo.

—¿Y ahora te pidió otra oportunidad?

—Sí. Dijo que me iba a hacer bien tener amigos.

—¿Crees que por eso me pidió que te ayudara con las clases?

—Sí.

Yo no estaba tan segura. Tenía la impresión de que la ogresa había planeado todo: las clases, nuestras peleas, nuestra amistad, esta comida, todo, con su propia agenda oculta, pero no quise decírselo a Bruno.

—Pero créeme que, de haber podido, habría impedido lo de las clases —terminó él.

—¿O sea hubieras preferido que no nos hiciéramos amigos? —lo acusé.

Dejó pasar mi acusación ridícula y en cambio, preguntó:

—¿Somos amigos acaso?

Con todo lo que había pasado, se me había olvidado el incidente de esta tarde, la razón por la que había venido a esta comida.

—Por supuesto que somos amigos —suspiré—. Vine hoy día solamente para que lo supieras.

—A ver si algún día se lo cuentas a tus otras amigas.

—Y a ver si tú algún día le dices a tu mamá que no me sirva de comida.

Negó con la cabeza.

—Eso no va a suceder. Tengo un plan.

—¿Cuál?

—Te vas a descolgar por la ventana, vas a correr a tu casa y te vas a quedar ahí. Yo me encargo de mi mamá.

Nos quedamos en silencio, y de repente se oyeron unos golpes en la puerta.

—¿Ya estás lista? —gritó la mujer desde afuera—. ¡No tengo todo el día!

—¡No puedo hacer, estoy nerviosa! —le grité de vuelta y luego murmuré a Bruno—. Esta mujer es increíble, ¡pretende hacerme creer que soy una desconsiderada!

—Déjate de hablar tonterías —respondió Bruno—. Toma esta toalla, deslízate hasta donde puedas y después salta. Yo voy a sostener el otro extremo.

Me asomé a la ventana y miré hacia abajo.

—¡Pero estamos realmente alto!

—Sí, pero no tenemos alternativa.

—Voy a romperme una pierna.

—Marta...

—Ya sé, no tenemos alternativa.

Tomé la toalla y lo miré fijamente.

—Bruno, ¿tú sabes qué les pasa a los pajaritos que se caen del nido?

—Sí, pero tranquila, a ti no te va a pasar nada. Esta toalla es extra grande, es de mi mamá.

—Ojalá se ensucie hartito.

—¿Tienes una linterna en tu pieza? —preguntó.

—Sí, ¿por? —tenía todo el kit de supervivencia: linterna, costurero, silbato, parches curita, brújula, fósforos y el cortaplumas que andaba trayendo en el bolsillo.

—Cuando llegues a tu pieza, hazme señas con esa linterna, así voy a saber que estás bien.

–Bueno –susurré, procurando no mirarlo a los ojos.

Los golpes se repitieron, esta vez con más furia que antes:

–¡Voy a entrar!

–¡No, ya estoy casi lista! ¡Déjeme lavarme las manos!

Abrí el agua fría y la dejé corriendo. Me acerqué a Bruno y casi lo abracé, pero me arrepentí. Estoy segura de que él pensaba hacer algo parecido, porque se puso rojo y carraspeó.

–Si no nos volvemos a ver –me dijo–, quiero que sepas que eres una buena persona. Una de las mejores que he conocido.

–¿Por qué no nos vamos a volver a ver? Vivimos al frente –le dije, ignorando lo que me había dicho.

Por toda respuesta, se encogió de hombros. En un acto de valentía, le tomé una mano y murmuré:

–Tú también eres un buen amigo, el mejor que he tenido.

Hubiera añadido “contigo puedo hablar cosas que no puedo hablar con nadie más”, pero me pareció excesivo para el momento. Le pasé el otro extremo de la toalla y me senté en el alféizar de la ventana. Cerré los ojos, agarré con fuerza la tela y dejé que Bruno fuera bajándose por el muro. Cuando sentí que ya no descendía más, los abrí. Debo haber estado todavía a unos dos metros del suelo.

–¡Bruno! –grité, tratando de bajar la voz al máximo-. ¡Inclínate más!

–¡No puedo! ¡Esto es todo lo que da!

–¡Tu plan era pésimo! ¡Me voy a torcer el cuello!

–¡Deja de hablar y concéntrate en buscar un buen lugar para aterrizar!

–¡Uy, súper fácil! ¡Como no está nada de oscuro por aquí!



—¡Marta!

Miré hacia arriba y noté su cara de esfuerzo. Estiró los brazos y sacó el cuerpo un poco más afuera... En mi desesperación por aterrizar bien, tanteando a ciegas, alcancé a agarrarme de un tronco que trepaba por la pared. Era bastante delgado, así que se rompió y terminé por caerme igual, y un golpe seco me quitó el aire de los pulmones.

Abrí los ojos. Estaba muy incómoda con algo que se me enterraba en la espalda y me dolía todo el cuerpo. Me levanté a medias y me observé los brazos rasguñados. A mi alrededor había pasto y algunas ramas y flores de bugambilia. ¿Dónde estaba? Entonces recordé: tenía que llegar a mi casa, ya. Comprobé que el resto de mi persona estuviera en buenas condiciones, y gateando avancé hacia el jardín delantero.

No contaba con la enorme masa sombría de la ogresa, que se apareció frente a mí, me agarró de los hombros y me cortó definitivamente el paso.

AL FINAL

—¿Creíste que ibas a escapar? ¿Piensas que no conozco a mi hijo? —masculló, con sus malévolos ojitos entrecerrados.

A mí se me había venido un enorme cansancio encima. Me dolían las manos y la cabeza, y la verdad, no estaba de humor como para lidiar con criaturas mitológicas que en primer lugar no debieran existir. Quería volver a desmayarme y que todo

fuera un sueño o, ya que estábamos en estas incongruencias, que apareciera una bandurria gigante y me llevara volando hasta mi casa...

—¿A qué se refiere, señora? —le dije, en tono débil.

—Era evidente que mi hijo iba a querer ayudarte a escapar. Lo supe desde el principio.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto —sonrió, con una mueca de triunfo.

—La felicito. Y ahora, ¿qué va a hacer? ¿Me va a amordazar?

Pensé que no era muy inteligente de mi parte provocarla, pero ya no me quedaban muchos recursos y era la mejor manera que conocía para calmar mis nervios. Ella, para mi desconcierto, repentinamente se puso seria y me dijo, despacio:

—No te das cuenta de lo que hiciste, ¿cierto?

—¿Lo que hice yo? —repliqué, confundida.

—Sí, tú —se refregó los ojos un segundo y luego siguió—. ¡Tanto tiempo, los esfuerzos por encajar en el barrio, por entender las costumbres, por pasar inadvertida, todo al tacho de la basura! ¡Arruinaste lo que había venido construyendo desde hacía años! ¿Qué se supone que debiera hacer ahora?

—Construyendo, ja... ¡Comiendo niñitos! ¡Mujer horrorosa, caníbal! —grité de vuelta, ignorando su pregunta—. ¿A quién se comieron el mes pasado? ¿Era algún niño del barrio?

Ya que estaba en esta ruta, iba a lanzarme con todo. Al menos así la mantenía hablando.

—¡Silencio! —apremió, mirando hacia todos lados.

La observé con suspicacia, ella también volvió sus ojos hacia mí, y había indecisión

en ellos. Adentro, aún se oían las voces y la música de cantos gregorianos.

—¿Remordimientos de conciencia? —pregunté.

—No exactamente.

—Entonces, ¿qué?

—Estoy decidiendo qué hacer contigo.

—¿Tiene dificultades para compartir? Las demás se van a enojar con usted...

Como si mi frase hubiera sido una señal, una de las mujeres abrió una ventana. Por suerte no alcanzaba a vernos.

—¡Graciela! ¿Dónde estás? —gritó.

—¡Estoy... estoy buscando cilantro! —gritó de vuelta mi secuestradora.

¿Graciela? ¿Así se llamaba la ogresa? Qué nombre menos apropiado para una mujer tan espantosa como aquella, era como los nombres desafortunados de pájaros preciosos como el churrete, el churrín y el comesebo, solo que al revés.

○ Miré a la ogresa, que seguía cortándome el paso con efectividad, y luego disimuladamente miré mi reloj. Eran las ocho y media: todavía faltaban treinta minutos para que mi mamá viniera a rescatarme, y en ese tiempo podían pasar muchas cosas. El pensamiento me puso infinitamente triste y perdí el coraje.

○ —Uf, sabía que no debería haber venido... —dije, queriendo llorar. Pero tenía que controlarme, así que me obligué a agregar—: Al menos vine preparada. Estoy dispuesta a luchar por mi vida. —Saqué mi cortaplumas y la levanté, para que pudiera apreciar el filo de la hoja que brillaba a la luz de la luna.

—¿Trajiste un cortaplumas? —pensé que se iba a reír de mi arma inocente, sobre todo al compararla con sus dientes, pero no se estaba riendo, sino que me miraba con verdadera curiosidad—. ¿Por qué?

—¡Para defenderme, por supuesto! ¿O cree que soy tan bruta como para venir acá, indefensa?

A nuestro alrededor todo se había detenido: los ruidos de la noche, el viento, los pensamientos. Parecía que solo existíamos la ogresa y yo. Contuve la respiración, esperando su respuesta.

—Sí, creo que eres bastante bruta, pero pensaba que acababas de enterarte de esta... situación. Ahora no me explico: si sabías el peligro que corrías, ¿por qué viniste?

—De partida, usted me invitó.

—Sabes tan bien como yo que esa no es la razón.

—Bueno, no quiero entrar en detalles, pero básicamente vine por Bruno.

—¿Por mi hijo?

—Sí. Necesitaba hablar con él.

—¿Para qué?

En vez de contestarle, dudé unos segundos y luego exclamé:

—Yo tengo otra pregunta, señora. ¿Por qué hizo que Bruno viniera a vivir con usted?

—Porque lo quería cerca —me respondió, con tono desafiante.

—Su hijo es una buena persona. No es como usted, que solo piensa en sí misma. Él haría cualquier cosa por mí, y yo por él.

—¿Ah, sí? —se rió, divertida, al parecer, con la idea.

—Sí.

—Mmm... —murmuró.

—¿“Mmm” qué?

—Sabía que a Bruno le importabas. Lo supe desde que lo encontré espiándote desde su ventana, por eso te invité a hacerle clases. Porque le hacía falta una amiga, ¿sabes? En el campo estaba muy solo, y en su curso no lo estaba pasando

bien: esos niños horripilantes no dejaban de molestarlo... –puso cara de furia, pero luego siguió–: Las notas no me importaban, me importaba que estuviera contento, y así fue. Pero no sabía que a ti te importaba tanto él. Sinceramente, estoy encantada.

—Era curioso que dijera que estaba encantada con esa mueca tan horrible y en un momento como este, casi llegando a batir palmas, como si estuviéramos en una entrega de premios. Y sin embargo, cuando dijo que yo le importaba a Bruno, a mí también me envolvió el pecho una sensación tibia.

—Ahora me pones en una situación bastante difícil –continuó ella—. Si entro en la casa y les digo que te perdí, las demás no van a volver a dirigirme la palabra. Si entro contigo, Bruno no volverá a mirarme.

—La vida a veces es difícil.

—Vamos, andando.

Me empujó y yo pensé que se me había acabado la existencia. Pero ella señaló mi casa y dijo “corre”, la palabra más linda que había oído jamás.

La vida a veces es difícil, por eso es que cuando me disponía a correr, sucedieron dos cosas al mismo tiempo: Bruno apareció corriendo por la puerta de atrás y todas las demás ogresas salieron por la puerta principal.

—¿Qué estás haciendo todavía aquí? –exclamó Bruno, pero luego, cuando vio a las demás mujeres, se detuvo en seco.

—¿Qué están haciendo? –preguntaron ellas a su vez.

La ogresa me tomó nuevamente por el hombro y, sin ningún esfuerzo, me obligó a quedarme de pie tras ella.

—La vamos a dejar irse –dijo, lentamente.

—¿Irse? ¿Estás loca? ¿Vas a dejar escapar una oportunidad como esta? ¿Que llegó caminando por su propia voluntad? —se apresuraron a rebatir varias.

—No tenemos opción.

—¡Claro que tenemos! ¡Cazuela nogada es la opción!

—No.

A estas alturas, unas cuantas ogresas se habían acercado, formando un semicírculo muy amenazante alrededor nuestro. Bruno las miraba con ojos espantados, probablemente más espantados que los míos. Yo estaba... difícil describirlo: petrificada, anonadada, adormecida. Esperando en cualquier momento que una mano poderosa me levantara del suelo y me depositara en una olla de agua hirviendo, pataleando cual cangrejo.

Las mujeres seguían pidiendo explicaciones, exigiendo que su líder se comportara a la altura de las circunstancias.



—Ya sabes que tu puesto está en entredicho...

—Has introducido demasiadas modernizaciones, y ahora esto...

—Piensa qué diría tu pobre madre, una ogresa de tomo y lomo...

Y varios otros comentarios por el estilo. Pero su líder, Graciela, era igual de engañosa que esos insectos que simulan estar muertos y luego parten volando. Graciela estaba bien viva y su corazón solo respondía a su hijo, solo actuaba por Bruno, y por extensión, por los amigos de Bruno.

Cuentan algunas historias que los ogros tienen la capacidad de transformarse en cualquier tipo de animal, aunque yo lo había olvidado. Por eso, las garras que me aferraron en ese momento me tomaron completamente por sorpresa, pero no me dejaron caer en un caldero humeante, sino

que me llevaron, volando ligero, hasta el balcón de mi casa.

Ante tal cambio de escena, ante tal imposibilidad de lo ocurrido, y sumando el estrés emocional, mis sentidos se declararon en huelga y perdí toda noción de mí misma hasta el día siguiente. Mi deseo de desmayarme y ser transportada a través de los aires, expresado un rato antes, se había cumplido.

La mañana estaba brillante y mi cama muy blanda. Al principio no recordé nada de lo que había acontecido la noche anterior, pero luego hice un esfuerzo: estaba todo muy borroso. Se mezclaban plumas con vapores y ramas de bugambilias. Y Bruno. Y una mujer llamada Graciela, que no era tal, sino una especie de ángel defensor tirando hacia pajarraco de pesadilla, sin olvidar el grupo de mujeres

locas como cabras. Me invadió una sensación de alivio inmenso al encontrarme en mi casa, una emoción sobrecogedora de agradecimiento por estar viva, y casi lloré. Me contuve porque realmente no estaba segura de si había soñado todo o no, y me parecía ridículo llorar por un mero sueño. Pero, ¿en qué noche creativa podría haber inventado todo eso? ¿Todo eso que era tan difícil de concebir?

Lo primero era determinar si era posible. Por suerte vivimos en una época en que la información está al alcance de la mano, en cualquier momento. En vez de seguir divagando, me puse la bata y bajé a la pieza del computador; en el buscador escribí “ogresa” y me dispuse a leer.

No encontré estudios científicos que avalaran mi experiencia, ningún testimonio de otra persona que hubiera pasado por algo similar. Pero sí varios cuentos clásicos

y leyendas urbanas donde se mencionaba la existencia de criaturas feas y toscas, de diversos colores, capaces de devorar niños o esclavizarlos, en distintas culturas alrededor del mundo. Parecían concentrar en ellas todo lo malo de la esfera terrestre. En algunos pasajes se describía una cierta habilidad para transmutar sus cuerpos, pero no había registro de ogresas que hubieran desplegado alguna evidencia de afecto maternal.

Me quedé pensando unos segundos. De repente, algo en mi brazo me llamó la atención: un tremendo rasmillón rosado. Y luego el recuerdo de Bruno tomando mi mano, sosteniéndome para que no me cayera, y la imagen de su madre protegiéndome tras ella. Suspiré. Quizás la ogresa que yo había conocido era una excepción muy rara en el mundo de los ogros, una excepción dentro de una excepción. Lo

que tenía claro es que todo había sido cierto. En vez de decidir que ya nada me sorprendería, decidí que la vida era sorprendente.

Un rato después, oí que mi papá me llamaba a desayunar.

—¿Y tú? ¿Qué estuviste haciendo ayer?
—fue el saludo de mi mamá, que se dio vuelta para mirarme mientras freía unos huevos. Mi papá, sentado, comía feliz sus cereales. Qué linda era esa calma hogareña, qué plácida.

—¿Por qué?

—Estaba segura de que me habías dicho que ibas a ir donde los vecinos, pero después cuando subí a tu pieza para cerrar las cortinas, antes de ir a buscarte, te encontré sentada y dormida, como una de tus muñecas, en la mecedora del balcón. ¿Qué te pasó?

—Te podrías haber enfermado —añadió mi papá, entre cucharada y cucharada.

—No sé. No estoy segura —respondí rápidamente. Era evidente que en algún minuto iba a tener que contarle a mis papás lo que había pasado, pero quería estar segura de la forma, para que se convencieran, especialmente mi madre, de que yo había tenido la razón todo este tiempo, y no ella; y para que Bruno quedara fuera del lío.

—Tienes la cabeza llena de pajaritos últimamente —dijo mi padre, y yo quedé mirándolo sorprendida.

Mi mamá nos interrumpió:

—A propósito, vino la vecina temprano a contarnos que se van. Al parecer vuelven al campo, no se acostumbraron. Me pidió que te avisara, porque Bruno quería despedirse. Quizás te lo iba a contar ayer, pero como no llegaste...

Asentí, aunque al principio no entendí lo que me estaba diciendo. Las palabras me hirieron como un puñado de granizo

en una noche de hielo. ¿Cómo puede alguien tomar una decisión como esa, tan de repente? ¿Sin considerar cómo afectará a los que la rodean? ¿Sin detenerse a pensar en las devastadoras consecuencias de sus actos? Me estremecí, hacía frío.

Hacia las doce, cuando ya no soportaba el aire gélido de la casa, Bruno tocó el timbre y yo salí a recibirlo. Por última vez.

REGRESA

El camión de la mudanza iba a llegar al día siguiente, anunció Bruno, y barrería el polvo del suelo junto con mi ánimo, pensé yo.

—¿Te cuento algo divertido? —intentó animarme él, sentado en la vereda mientras yo regaba el pasto.

—Bueno —contesté, encogiéndome de hombros, sin creer que sirviera de algo.

—Le pregunté a mi mamá qué habían hecho en la reunión del mes pasado.

—¿Y qué te dijo?

—Como me iba a venir a vivir con ella, mi mamá hacía tiempo que venía convenciendo a las demás de que se comportaran. Ella misma, desde que me adoptó, se convirtió en vegana, de hecho no toma leche ni come miel. El mes pasado, cuando yo ya estaba en la casa, sirvió pura comida vegetariana a las demás: lasaña de berenjenas, sopa de tomates y una cosa que se llama humus y que es de garbanzos. Las demás se indignaron y le tiraron el humus por la cabeza. Estaba tan sucio que tuvo que clausurar el living todo el día, para que yo no me enterara.

Eso era lo que había estado haciendo la ogresa ese día, entonces, cuando me pidió ayuda para llevar las compras a su casa:

limpiando para que su hijo no pensara mal de ella.

—Y después de lo del viernes pasado, le quitaron la presidencia del club de señoras.

—Eso sí me pone de buen humor —sonreí. Aunque la ogresa me hubiera salvado, eso no quitaba que fuera un ser insoportable, molesta por naturaleza.

Me miró con severidad, pero luego su expresión se suavizó. Nos quedamos los dos callados un rato, observando cómo las gotas caían e iban formando pequeños ríos sobre el pavimento. Después de un rato no aguanté:

—Y ahora no te atrevas a decirme que después de que te hayas ido, me vas a hablar en cada estrella y en cada pájaro, porque los dos sabemos que eso es mentira y terriblemente siútico —murmuré, antes de que fuera a decirme algo por el estilo.

—Jamás te hubiera dicho algo así. En todo caso, estás equivocada. Al menos los pájaros sí hablan, solo que tienes que aprender su idioma.

—Quizás ya no me interese.

—Ah, qué pena, porque entonces no te puedo pasar tu regalo.

—¿Regalo? —me brillaron los ojos.

—Sí. ¿Lo quieres o no?

—¿Necesitas preguntar?

Me entregó un paquete envuelto en papel kraft. Lo abrí y había una grabadora. Él se apresuró a explicarme.

—Tiene grabados los cantos de varios pájaros de acá. Los pájaros en general se acercan cuando los escuchan.

—¿De verdad?

—Sí. Así es como muchas veces los profesionales logran sacarles buenas fotos.

Lo encendí y sonaron unos grititos. De pronto la calle se llenó de sonidos. Nos

quedamos escuchándolos, yo con los ojos cerrados imaginando un bosque, una puesta de sol en la cordillera, el viento corriendo en el campo...

—Gracias. Es el mejor regalo que me han dado —murmuré, con un nudo en la garganta.

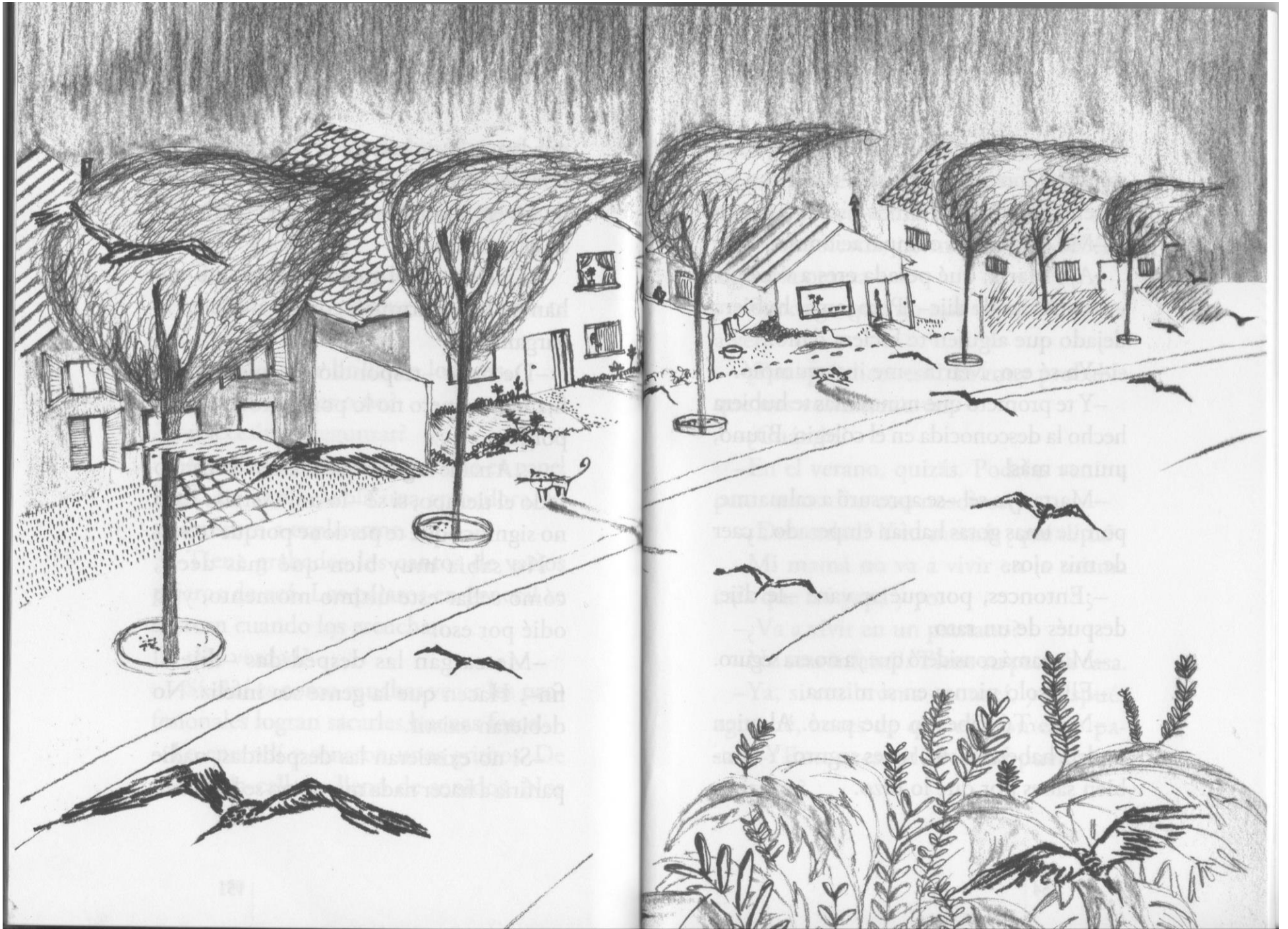
—De nada —respondió él, mirándome fijamente —pero no lo pongas todo el rato porque...

—... A nadie le gusta que lo estén llamando todo el tiempo, si sé —lo miré seria—. Esto no significa que te perdona porque te vas.

No sabía muy bien qué más decir, cómo sellar este último momento, y lo odié por eso.

—Me cargan las despedidas —dije al fin—. Hacen que la gente sea infeliz. No debieran existir.

—Si no existieran las despedidas, nadie partiría a hacer nada nuevo, no se hubieran



descubierto continentes, los hijos vivirían siempre con sus papás, los pajaritos no aprenderían a volar...

—Me cargan tus comparaciones.

—Ay, Marta, qué pesada eres a veces.

—Es cierto —le dije—. Pero jamás hubiera dejado que alguien te hiciera daño.

—Yo sé eso, Marta —me interrumpió.

—Y te prometo que nunca más te hubiera hecho la desconocida en el colegio, Bruno, ¡nunca más!

—Marta, ¡yo sé! —se apresuró a calmarme, porque unas gotas habían empezado a caer de mis ojos.

—¿Entonces, por qué se van? —le dije, después de un rato.

—Mi mamá consideró que ya no era seguro.

—Ella solo piensa en sí misma.

—No... Tú sabes lo que pasó. Alguien podría haberla visto, no es seguro. Y también sabes por qué lo hizo.

Sí: para protegernos a los dos. Recordé las garras metálicas y el vuelo silencioso, con un estremecimiento. También con algo de molestia; no me gustaba deberle algo a la ogresa.

—Supongo que no nos vamos a volver a ver.

—¿Por qué dices eso? Es muy probable que nos volvamos a ver.

—¿Cuándo?

—En el verano, quizás. Podrías venir a pasar unos días con nosotros.

—¿De verdad? Y tu mamá, ¿qué diría?

—Mi mamá no va a vivir en la misma casa que mi papá y yo.

—¿Va a vivir en un pantano?

—No seas infantil. Tiene su propia casa.

—Ya, si era broma —sonreí, y después agregué, antes de que el momento pasara—: Entonces, ¿de verdad puedo ir a visitarte?

—Sí, por algo te estoy invitando.
Por un instante los rayos de sol lograron atravesar la capa de nubes y el mundo se entibió. Un poco.

Cuando al día siguiente, Bruno y su madre se subieron al auto, y el camión con sus cosas se perdió de vista, volví a sentirme terriblemente sola. Mi mamá salió y me dio un abrazo.

—¿Viste que al final se hicieron buenos amigos? —me dijo, en su muy peculiar modo de consolarme.

—Sí, mamá, me alegra haberlo descubierto justo ahora que se fueron.

Entonces puso cara de pena y me abrazó un poco más.

—Las personas vienen y van en la vida —murmuró, pragmática como siempre—, como los pájaros. Hay que aprender a dejarlos ir.

La miré y me encogí de hombros. Qué curioso que hubiera dicho eso. De todos modos, tenía razón en decirlo, y seguro en su vida había dejado ir a mucha gente. Pero para mí, ahora, eso no era cierto. Para mí, algunas personas permanecen para siempre, por la sencilla razón de que te han cambiado de alguna manera, y son parte de tu historia.

Miré a un lado y, a lo lejos, sobre un poste, una loiquita cantó. Una pequeña, una que solo ahora se asomaba al mundo. Y cantaba en señal de aprobación, en sintonía conmigo, supuse.